

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

MERCADO DE "HUBOTS"

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION



MERCADO DE "HUBOTS"

Ardax Nº2

Título Original: *Mercado De «Hubots»*

©1974, Carrados, Clark

©1974, Editorial Bruguera, S.A.

Colección: La Conquista Del Espacio 219

ISBN: 9788402025258

Generado con: QualityEbook v0.68

CAPÍTULO I

Había dos hombres sobre el tablado. Uno de ellos permanecía inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo y la mirada perdida en el infinito. Era un tipo joven, robusto, de singular apostura física, que se apreciaba mejor debido a que estaba vestido únicamente con unos pantalones muy cortos. Si quietud era tanta, que hubiera podido decirse era una estatua.

El otro individuo era de mayor edad y vestía túnica con manto, azul y verde, respectivamente. Apenas tenía pelo y una expresión astuta lucía en su mirada, que parecía la de un ave de presa, debido a la nariz aguilena que sobresalía en el centro de su rostro.

Había mucha gente al pie del tablado, detrás del cual unas grandes cortinas ocultaban las figuras que había al otro lado. Desde su torre-castillo-palacio, Su Rectitud Karmon IV, Protector de Hathagor y sus doce satélites habitados, contemplaba el espectáculo con expresión sonriente, acompañado de unos cuantos de sus cortesanos.

—El mercado de "hubots" se presenta bien hoy, Su Rectitud —dijo, adulador, uno de los acompañantes de Karmon.

—Interesa que haya compradores —respondió Karmon—. Pero que sean de otros sistemas, por supuesto; nosotros hemos de permanecer neutrales.

—Es una lástima; con lo que a mí me gustaría poseer un hubot... —dijo otro de los cortesanos.

En aquel momento, Vitinius, el vendedor, ponderaba las virtudes del "artículo" en venta.

—Nombre, Jashar —gritó a voz en cuello—. Potencia física: cinco caballos y medio. Potencia intelectual: ciento setenta y ocho. Duración vida activa garantizada: setenta años. Precio de salida: diez mil áureos. ¡Damas y caballeros, inicien sus pujas!

El hombre a quien se ofrecía en venta siguió inmóvil; ni siquiera las palabras de Vitinius parecieron ofenderle. Alguien dijo que pagaría por Jashar diez mil

—¡Once mil! —gritó otro.

Una dama rolliza, madura, pero con algunos atractivos físicos todavía comentó que ella no ofrecía un solo centésimo de áureo por un tipo como el que se ofrecía en venta.

—Es muy guapo, ciertamente, pero sólo es un hubot. ¡Si Karmon permitiese la venta de esclavos auténticos! —se lamentó, con un hondo suspiro que agitó, temblequeante, su mantecoso pecho.

—¡Doce mil áureos por Jashar! —gritó otro de los concurrentes al mercado.

Al pie del tablado había un par de mujeres jóvenes, esbeltas, vestidas de un modo extraño y cada una de ellas armada con una pistola vibratoria. El uniforme era de color rojo oscuro, una extraña combinación de peto y pantalones cortos, unidos por la espalda, lo que dejaba al descubierto parte del pecho y vientre, salvo los senos. Un casquete del mismo color, con una tira triangular amarilla en el lado izquierdo, y botas negras, altas hasta más arriba de las rodillas, completaba el extraño atuendo.

La gente contemplaba a las mujeres con admiración y temor a un tiempo. En los ojos de los hombres había también deseo, pero no se conocía un solo caso en que una sola de aquellas amazonas hubiera cedido a los requerimientos amorosos de un galán.

Otra mujer, también muy joven y hermosa, se unió a las anteriores. Estas, al verla llegar, saludaron rígidamente, como soldados de un ejército bien disciplinado. La recién llegada contestó con cierta displicencia. En el lado superior izquierdo de su uniforme se veían dos diminutas coronas de oro, insignia de su rango.

—Es Isona, la capitana de las amazonas de Smahan —cuchichearon los más cercanos.

En aquel momento, se oía una cifra sobre el sujeto en venta:

—¡Quince mil áureos!

Vitinius, el vendedor sonrió ladinamente. Su Rectitud Karmon IV, tendría mil quinientos áureos más para su tesoro, como importe de su comisión por el permiso del mercado de hubots en Hathagor. Y a él le corresponderían ciento cincuenta áureos... si la cifra no subía, que dadas las características tan apreciadas de la pieza que se vendía, podía aumentar todavía en un par de millares más.

De repente, una mujer, joven y muy hermosa, de largos cabellos negros, apartó con violencia a los espectadores de las primeras filas y gritó:

—¡Esa venta es ilegal! ¡No se está vendiendo a un hubot, sino a un ser humano! ¡Apelo al juicio de Su Rectitud Karmon IV, para que la venta de mi esposo Jashar sea suspendida inmediatamente!

Issona permanecía lánguidamente apoyada en el tablado, pero al oír la voz de la joven se irguió y sus ojos verdosos lanzaron destellos de ira. Con mano nerviosa, tanteó la culata de su pistola vibratoria; sin embargo, se contuvo apenas oyó el nombre del Protector de Hathagor, citado en un juicio de apelación, que nadie podía desconocer, so pena de gravísimos contratiempos.

En el mercado se había originado un gran alboroto al oír las palabras de la joven del pelo negro. Vitinius estaba nerviosísimo; era la primera vez que le sucedía una cosa semejante.

Issona se irguió majestuosamente.

—Yo soy la dueña de ese hubot y probaré que esas acusaciones no tienen fundamento alguno —dijo con acento rebosante de orgullo y confianza en sí misma.

* * *

—¿Cómo te llamas y de dónde vienes, mujer? —preguntó Karmon IV.

La joven de los cabellos negros contestó:

—Mi nombre es Vriola de Bjar, y procedo de Fulkur X. El hubot que Vitinius pretendía vender, en nombre de Issona, no es sino mi esposo Jashar, desaparecido misteriosamente hace ocho años, en unión de los tripulantes de su astronave, cuando cubría la ruta de Eswall a Fulkur X. Durante todo este tiempo, he rastreado su paradero, hasta encontrarlo aquí, en el mercado de hubots de Hathagor. Por tanto, solicito de Tu Rectitud me lo devuelvas y condenes a Issona al pago de la nave y de las mercaderías que transportaba.

Karmon IV asintió. Debía ser recto y justo, o no tendría sentido el tratamiento que le aplicaban todos los hathagorianos.

Delante de él estaban la acusadora y la acusada. Issona, desarmada, según lo exigía el protocolo.

A la derecha de las dos mujeres, se hallaba el hubot objeto de la polémica. Como antes, en el tablado del mercado, permanecía inmóvil, con la vista perdida en el infinito, ajeno a cuanto sucedía a su

alrededor.

—Está bien, te hemos oído, Vriola —dijo Karmon—. Habla tú ahora, Issona.

La aludida sonrió desdeñosamente.

—Es una acusación completamente falsa, señor —manifestó—. No niego que pueda haber cierto parecido fisonómico entre mi hubot y el esposo de esta afligida joven, pero de ahí a decir que yo he asaltado su nave y que lo he raptado para venderlo en Hathagor, hay mucha diferencia. Justamente, la diferencia que existe entre un ser humano y un robot.

—Demuéstralo, Issona —pidió Karmon.

—En el acto, señor.

Issona se volvió hacia el hubot.

—Gittus, muéstrales tus mecanismos —ordenó.

—Sí, señora —contestó el hubot mecánicamente.

Su mano derecha se movió y presionó un punto de su costado del mismo lado. Todo el pecho se abrió, dejando ver un impresionante conjunto de circuitos y mecanismos que no se parecían en absoluto a las vísceras de una persona.

Sonaron algunos gritos de admiración. Karmon frunció el ceño.

—La acusación no tiene fundamento —dijo—. Es inevitable que, en la fabricación de hubots, a los cuales es preciso dar una apariencia humana, surjan de cuando en cuando ciertas similitudes fisonómicas, de las cuales nadie se puede quejar. Vriola de Bjar, lo siento, pero debo desestimar tu acusación. Issona, el hubot sigue siendo tuyo.

Issona se inclinó profundamente.

—Cuando alguien menciona tu nombre y pronuncia antes la palabra Rectitud, no lo hace meramente como un título honorífico —dijo—. Gracias, señor.

Pero Vriola no parecía muy conforme con la sentencia.

Sus ojos llameaban cuando se acercó a Issona.

—Has ganado —dijo—. Pero yo demostraré un día mis acusaciones y haré que te expongan viva y sin piel, al sol de Xphanya. Ese hubot fue mi esposo y tú lo sabes bien, mejor que nadie.

Issona sostuvo impertérrita la mirada de Vriola.

—Eres joven y muy hermosa, enormemente atractiva a los ojos de los hombres. Busca uno que te consuele de la pérdida de tu esposo —respondió fríamente.

Hizo una reverencia dirigida a Karmon y salió de la estancia donde había tenido lugar la audiencia. El hubot la siguió mansamente.

Había dos jóvenes aguardando a Issona. Ambas la contemplaron expectantemente.

—He ganado —dijo Issona a media voz—. Pero esa chica puede resultar un enemigo peligroso. Hay que eliminarla.

—Déjalo en nuestras manos, señora —contestó una de las mujeres.

—No falléis —recomendó Issona—. Vámonos, Gittus.

* * *

El hombre contempló atónito la bolsa de piel que había caído sobre la mesa a la cual se hallaba sentado. Tras unos segundos de duda, alzó la cabeza y miró a la hermosa joven, vestida enteramente de negro, que se hallaba frente a él.

—Vriola de Bjar —dijo;

—¿Me conoces? —preguntó ella.

—Estaba en el mercado de hubots cuando presentaste tu acusación contra Issona —respondió Zuhor.

—Entonces, casi puedes imaginarte lo que espero de ti.

Zuhor hizo un gesto ambiguo.

—Será mejor que hables claro —respondió—. La propia Issona vendría a pedirme informes y se los daría, pero no revelaría a nadie nuestra conversación. Como tampoco diré a nadie lo que vamos a hablar tú y yo.

Vriola acercó un taburete a la mesa y se sentó, ajena al bullicio que reinaba en la mejor taberna de Hathagor.

—El hubot llamado Gittus fue mi esposo Jashar —dijo—. Tú sabes mejor que nadie que es un hubot. Ya no puede ser un hombre, si es que alguna vez lo fue, aunque en el caso de mi marido, no caben dudas al respecto. Issona lo hizo y yo quiero vengarme de ella. ¿Lo entiendes ahora?

Zuhor sonrió.

—Estás buscando a un hombre para que te ayude en la venganza —dijo.

—Sí. Esa bolsa contiene cien áureos por tus informes. ¿Necesitas más?

—Es suficiente para mí... pero tú necesitarás muchísimo más dinero, si quieres conseguir tus planes. Issona es muy poderosa.

—Lo sé. Y, además, falta por completo de escrúpulos. Pero eso no me intimida. ¿Quién es el hombre?

—Está a ciento cincuenta años luz de aquí, por lo menos, y no sé si aceptaría la misión.

—Dame su nombre, Zuhor.

—En una ocasión fue considerado como traidor y condenado a vivir desterrado eternamente en un planeta solitario. Logró escapar, pero volvió allí y quizá ya no quiera salir más.

—¿Tendría éxito si contratases sus servicios?

—Si acepta, tus posibilidades son de un noventa y nueve por ciento.

—No está mal —comentó Vriola fríamente—. Puedo pagarle; éramos comerciantes ricos. Y yo amaba a mi esposo.

—Entiendo. Pero antes de darte su nombre, quisiera hacerte una advertencia, Vriola.

—Habla, Zuhor.

—Issona es peligrosísima. Para ella, la vida de un ser humano no tiene la menor importancia. Nadie sabe por qué se dedica al comercio de hubots ni cómo se ha erigido en jefe de esa banda de amazonas tan bellas como despiadadas..., pero lo cierto es que todo el que ha intentado cortar su carrera no ha vivido para contarle.

—Yo viviré para derrotarla —contestó Vriola orgullosamente—. Dame ese nombre, Zuhor.

—Ignus —contestó el individuo—. O, si lo prefieres, coronel Ardax.

CAPÍTULO II

Vriola regresaba al hotel después de la entrevista sostenida con el confidente. Durante largos años, había peregrinado por la Galaxia en busca del esposo desaparecido. Había tenido los ojos y los oídos bien abiertos y se había enriquecido con una serie de experiencias fascinantes, lo que la había convertido en una mujer muy distinta de la muchacha dulce y enamorada que había sido hasta entonces.

Detrás de su rostro apacible, pocos sospechaban la existencia de una energía y una terquedad poco comunes. El único que habría podido decir algo al respecto era su esposo Jashar, ya desaparecido y, oficialmente, considerado muerto con su tripulación.

Bajo la capa llevaba el lanzadardos que Zuhor le había proporcionado, junto con algunos consejos. Vriola sabía que Zuhor habría dado los mismos consejos a Issona, caso de que ésta los hubiera necesitado, pero también sabía que el confidente, como buen hathagoriano, era absolutamente neutral; así podía ganar dinero indefinidamente. Nunca la traicionaría a ella, como tampoco traicionaría a Issona; era una de las reglas fundamentales de todo nativo de Hathagor. Amigo de todos y enemigo de ninguno, así era Zuhor.

De repente, cuando ya llegaba al hotel, siguiendo unas callejuelas estrechas y poco iluminadas, divisó dos sombras que corrían hacia ella.

—Ahí está —dijo una de las mujeres.

Vriola se detuvo en seco. Un segundo después, se arrodillaba, mientras frente a ella chasqueaban en vano dos pistolas vibratorias.

El lanzadardos actuó. Una fina aguja de un centímetro de ancho, quince de longitud y dos milímetros de grueso, partió con la velocidad de un proyectil ordinario, hincándose en el cerebro de una de las Amazonas, después de atravesarle el ojo izquierdo.

La otra quiso rectificar su puntería. Era ya tarde.

El segundo dardo la alcanzó en el centro del pecho. Vriola saltó a un lado: todavía tenía cuatro dardos más en el depósito del mortífero aparato.

Pero ya no había motivos para sentir temor. La segunda de sus atacantes, tras unos pasos vacilantes, se desplomó sobre el suelo.

Vriola echó a correr. Issona no tardaría en enterarse de lo ocurrido y su reacción sería terrible.

Lo mejor era, se dijo, abandonar Hathagor cuanto antes.

* * *

En aquellos momentos, Issona estaba examinando una carta estelar junto con su segundo en el mando, la teniente Thasia.

—La "Firhud" cruzará por las coordenadas 50-E-7 y 91 — 1-02 dentro de tres semanas, tiempo interestelar. Nosotras saldremos a su encuentro y...

La puerta de la estancia se abrió de pronto. Una joven entró, mirando a las otras dos mujeres con ojos extraviados.

—Vriola... ha... ganado... —informó, un segundo antes de derrumbarse en el suelo y quedar completamente inmóvil.

Issona y Thasia se sintieron enormemente sorprendidas. Pero Issona reaccionó casi en el acto y saltó hacia la puerta para cerrarla.

Luego se arrodilló junto a la caída. En el centro del pecho asomaba un trocito de metal, no mayor de dos centímetros de largo.

—Un dardo —murmuró.

—¿Habrá sido Vriola? —dijo Thasia.

—No cabe la menor duda. Hemos subestimado a esa chica. Es más dura de pelar de lo que parece.

Issona se puso en pie lentamente.

—A estas horas —dijo—, habrá escapado de Hathagor o estará a punto de hacerlo. Sería inútil tratar de perseguirla, Thasia.

—Perderíamos tiempo y no llegaríamos a tiempo de interceptar la "Fidhur" —dijo la otra.

—Exacto. —Issona entornó sus bellos ojos verdosos—. Pero un día volveremos a encontrarnos y entonces me tomaré el desquite.

—¿Cómo sabes que volveréis a encontraros?

Issona sonrió.

—Vriola se ha tomado muy en serio su papel de hembra de la especie y quiere vengar la muerte de su macho —contestó—. Pero, de

momento, a nosotras, la "Fidhur" nos ofrece mejores perspectivas que la captura de una muchacha histérica. Thasia, ocúpate de hacer desaparecer el cuerpo de esta tonta.

—Sí, señora.

Issona volvió junto a la mesa y contempló una vez más la carta estelar. En la "Fidhur" viajaban al menos cien hombres jóvenes y vigorosos. Podía obtener un magnífico botín, pensó complacidamente.

* * *

La flecha partió disparada y atravesó el cuerpo del pez que nadaba apaciblemente en el remanso. Atado a la flecha había un cordel que el cazador recobró sin dificultad. Instantes más tarde, el pez quedaba sobre la hierba, debatiéndose con sus últimas convulsiones.

Alan Ardax sacó la flecha y la limpió con un puñado de hojas. Luego cargó con el pez, que medía más de un metro de largo y se dirigió a su campamento.

Por el lado opuesto del claro apareció una hermosa joven, de largos cabellos castaños y ojos pálidos, llevando en las manos una cesta cargada de frutos.

—¡Alan! —gritó la muchacha.

—Hola, Selene —respondió Ardax.

—Buena pesca —dijo ella.

—No se ha dado mal. Ese remanso es bueno para pescar. ¿Cómo te encuentras?

Los ojos de Selene brillaron de un modo especial.

—En el Paraíso —contestó.

Ardax se echó a reír.

—¿No te arrepientes de haber unido tu suerte a la de un proscrito? —preguntó.

Ella se empinó de puntillas para besarle.

—Estar siempre a tu lado es la mejor suerte que podría desear una mujer —contestó apasionadamente.

El brazo del hombre rodeó la esbelta cintura femenina.

—Vamos a preparar la comida —dijo—. Luego seguiremos con la construcción de nuestra cabaña. Tenemos que acabarla antes de que el invierno se nos eche encima.

Los ojos de Selene se dirigieron hacia las lejanas montañas, en las que ya se divisaban algunas manchas blancas. Mucho más cerca,

empezaban a verse las primeras hojas amarillas en los árboles.

—¿Nevará aquí? —preguntó.

—Sí, aunque no demasiado. Podríamos, desde luego, buscar regiones más cálidas, donde no existe el invierno, pero eso no es conveniente. El organismo humano, para su mejor funcionamiento, necesita de las cuatro estaciones. Un lugar donde siempre reinase el buen tiempo, acabaría por enervar y producir una languidez a la larga nada beneficiosa.

—El frío estimula.

—Y el otoño y la primavera —rió él—. Y cuando llega el verano, se disfruta doblemente; el verdor de las hojas, la frescura de las aguas...

—¡Mira, ahí viene Iako! —exclamó Selene de pronto.

Una figura humana se veía a lo lejos. Ardax se dio cuenta de que el robot que estaba con ellos venía pesadamente cargado con algo que no podían identificar desde aquel punto.

—¿De dónde diablos saldrá? —murmuró Ardax.

I.A.K.O. 70 - 411, más conocido por Iako, llegó junto a la pareja momentos después.

—Saludo a los humanos —dijo gravemente, a la vez que depositaba su carga en el suelo—. Veo que ambos han conseguido alimento para el cuerpo.

—Sí, una buena trucha y estas hermosas manzanas —contestó Selene.

—El espíritu también necesita alimento. Aquí traigo algo muy valioso.

Iako se acuclilló y desató los nudos de la tela que envolvía los objetos contenidos en ella. Instantes después, Ardax y la muchacha lanzaban un unánime grito:

—¡Libros!

—Así es —confirmó Iako—. He encontrado una cueva a unos doce kilómetros... Debió de ser en tiempos una biblioteca y hay una enormidad de volúmenes completamente inservibles. He traído sólo unos cuantos de los que se encuentran en mejor estado...

Ardax se olvidó en el acto de la comida y tomó un libro, que hojeó con febril apasionamiento.

—Será maravilloso —dijo—. En las largas tardes invernales, junto al fuego, mientras llueve o nieva, podremos leer cuanto queramos.

Iako volvió su cabeza hacia el edificio que se alzaba a unos doscientos pasos de distancia, en la ladera de una pequeña loma y entre

los árboles que crecían en abundancia en aquellos parajes.

—Será maravilloso, si la casa está terminada para entonces y se ha hecho acopio de leña y víveres —dijo—. Pero hasta ahora, no os habéis preocupado más que de hacer vida edénica, sin pensar apenas en el futuro...

Selene se abrazó estrechamente al joven.

—Esa vida que dices tú, es tan hermosa... —suspiró.

—Lamento no disponer del circuito del escepticismo —contestó el robot—. Pero, en fin, yo sólo soy una máquina.

De pronto, Iako se puso rígido.

—Lamento darles una noticia —continuó—. Mis circuitos detectores captan la proximidad de una nave que se acerca a este lugar.

Ardax oyó aquellas palabras y se olvidó en el acto del pez, de la fruta y de los libros.

* * *

La astronave tomó tierra en el claro. Era pequeña, con capacidad para una docena de tripulantes como máximo, pero se veía sin dificultad que poseía los mecanismos necesarios para el vuelo interestelar.

Una escalerilla se desplegó automáticamente. Ardax tensó el arco.

Era un arma formidable, perfeccionada a lo largo de años de uso continuo, durante los cuales Ardax había adquirido una puntería poco menos que infalible. Ahora, puesto que tal vez tendría que combatir con personas, había puesto en la cuerda una flecha larga de un metro, capaz de volar ciento cincuenta metros hasta el blanco con mortíferos efectos. Para la caza, Ardax usaba flechas más cortas.

Pero no tuvo necesidad de soltar la cuerda. En la escotilla de la nave apareció una mujer.

Era joven, hermosa, de abundante cabellera negra y vestía una especie de jubón holgado, con pantalones muy cortos y abullonados y botas altas hasta medio muslo. Pendiente del cinturón llevaba una extraña arma de forma tubular, con empuñadura vagamente parecida a la de una pistola.

La joven llegó al suelo y, poniéndose ambas manos en torno a la boca para hacer bocina, gritó:

—¡Ignus! ¡Coronel Ardax! ¡Si está por ahí, salga sin miedo! ¡He venido sola para pedir su ayuda!

CAPÍTULO III

Ardax aflojó la tensión de la cuerda del arco. Con la mano izquierda hizo un gesto:

—No te muevas, Selene; puede tratarse de una trampa.

Atravesó los matorrales y salió a terreno descubierto.

—Soy Ardax —dijo.

Vriola le miró con curiosidad.

—Eres tal como me lo describieron —sonrió—. ¿Estás solo en este planeta?

—No. Tengo compañía. ¿Quién eres?

—Vriola de Bjar, de Fulkur X.

—Nunca he oído hablar de ese planeta.

—Oirás hablar mucho de él. Y también de Hathagor, si quieres escucharme —manifestó Vriola—. He recorrido ciento cincuenta años luz para venir a buscarte. Un hombre me habló de ti y de lo que te ocurrió hace algunos años.

—Soy un proscrito, considerado traidor —dijo él gravemente[*].

—Lo sé. Zuhor de Hathagor, me contó tu historia. No todos comparten la opinión del tribunal que te sentenció a destierro perpetuo en este planeta... S.5 – 4-5 – 14 creo que es su denominación oficial, ¿no es así?

—Nosotros lo llamamos Sólitus y también Edén. Pero hace casi cuatro mil años, sus habitantes lo llamaban Tierra.

—Creo que eso no es un tema relevante, coronel Ardax. ¿O prefieres que te llame Ignus?

Ardax se encogió de hombros.

—Lo mismo da —contestó—. De todas formas, si no te importa, voy a cerciorarme de que vienes sola.

Ella sonrió, a la vez que echaba mano a su lanzadardos. Ardax dio un salto hacia atrás a la vez que, con movimiento centelleante, ponía una flecha en la cuerda del arco.

—No temas —dijo Vriola—. Sólo pretendía entregarte el arma, para que creyeras en la rectitud de mis intenciones.

Ardax examinó con curiosidad el artefacto.

—Es un lanzadardos —explicó ella—. Puede disparar seis agujas de bien templado acero, en otros tantos segundos,

—¿Funciona?

—Lo he comprobado... en dos ocasiones. Las dos murieron.

—¿Eran mujeres?

—Sí. Piratas. Amazonas del espacio, como las llaman algunos. Todas ellas, incluso las dos a las que maté, pertenecen a la banda de Issona, vendedora de hubots.

Las cejas de Ardax se arquearon en un instintivo gesto de sorpresa.

—¿Mujeres piratas? ¿Amazonas del espacio? ¿Hubots? —dijo, atónito—. ¿Qué es todo eso, Vriola?

La recién llegada sonrió débilmente.

—Tengo entendido que no vives solo en este planeta —contestó—. ¿Por qué no me presentas a tus acompañantes?

Ardax hizo un gesto con la mano. Selene y el robot salieron a terreno descubierto.

—Ella es Selene, mi esposa —presentó Ardax—, Iako, nuestro robot.

—Ah, un robot —dijo Vriola.

—Yo soy una persona —exclamó Selene incisivamente, al verse postergada en la atención de la recién llegada.

—Te ruego me dispenses —se disculpó Vriola— Tienes una mujer muy hermosa, coronel Ardax.

—Gracias en nombre de ella, pero, por favor, no uses más ese tratamiento —dijo el aludido con voz tensa.

Vriola suspiró.

—Parece ser que no he llegado en vena de aciertos —comentó—. Pero os ruego no tengáis en cuenta mi descortesía. Me siento un poco nerviosa.

—No te preocupes —contestó Ardax.

—Sugiero a los humanos charlar después de llenar el estómago —intervino Iako—. Una buena comida lima casi siempre las aristas de la discrepancia.

—Vaya, nos has salido filósofo —rio Ardax—. Pero tienes razón. Vriola, hablaremos después de comer.

—Gracias —dijo simplemente la recién llegada.

* * *

—Un hubot es una combinación de humano y robot, de ahí que se le dé ese nombre, contracción de los otros dos. Una máquina con partes orgánicas y partes mecánicas, eso es todo —explicó Vriola, después de una sustanciosa comida a base de tortas de harina, pez frito en grasa animal y fruta.

Reclinados en el suelo, contemplaban las evoluciones de las llamas en la hoguera. El problema de Vriola, pensó Ardax, era puramente de venganza personal.

—Pero un hubot debe tener a la fuerza menos vida que un robot —alegó Selene de pronto—. Los sectores orgánicos de su cuerpo no pueden ser repuestos con tanta facilidad como los mecánicos. Envejecerá y morirá

—También un hubot resulta diez veces más barato que un robot, por lo menos —contestó Vriola—. Para el comprador, por supuesto; para el vendedor los gastos no diré que resulten nulos, pero sí ínfimos en comparación con los beneficios obtenidos.

—Y todo eso lo hace Isona, la capitana de la banda de amazonas —murmuró Ardax pensativamente.

—Sí, así es.

—¿Sólo vende sus hubots en el mercado de Hathagor?

—Únicamente allí. Karmon IV, el Protector, le permite la venta, a cambio de una sustanciosa comisión. A Karmon IV y sus corrompidos cortesanos no les importa en absoluto el origen de los hubots. Sólo quieren el dinero que las ventas de esos desgraciados les reportan.

—Antes has dicho que Isona es vendedora de hubots. Sospecho que no es su única profesión, a juzgar por su relato —sonrió Ardax.

—Bien, realmente es una pirata. Asalta las astronaves y captura a los hombres jóvenes y bien formados, a los cuales transforma en hubots... como a mi esposo Jashar. No me preguntes cómo ni dónde lo hace, ni quién se encarga de esa transformación. Sólo sé que lo hace y basta.

—¿Motivos, aparte del lucro?

—¿Te parece poco motivo ese que has citado?

Ardax meneó la cabeza.

—Un hubot por quince mil áureos es barato —respondió—. Si tiene que mantener una tripulación de amazonas, con las que, lógicamente, debe compartir los beneficios, más la factoría de hubots, que debe de emplear una no pequeña parte de personal altamente especializado, más las comisiones que debe repartir con el Protector y el encargado de las ventas, sus beneficios personales, creo yo, no deben ser muy elevados. ¿Qué dices tú a eso, Vriola?

—Vende los hubots por centenares, por millares. Hathagor y sus doce satélites habitados son su clientela casi exclusiva, aunque no descarto que acudan compradores de otros sistemas —dijo Vriola acaloradamente—. Aunque sólo le queden limpios doscientos áureos por hubot, cuando ha vendido mil, ya tiene un beneficio neto de doscientos mil, pagados gastos de toda clase.

—No es mal cálculo —dijo Ardax—. Y tú quieres que yo...

—Destruye a Issona y a su banda de feroces amazonas, destruye su factoría de hubots, y te cubriré de oro. He perdido ya a mi esposo y nada podrá sustituirlo. Pero no quiero que Issona siga disfrutando de sus fechorías por más tiempo del absolutamente necesario.

Hubo un momento de silencio.

Ardax miraba a Selene. En los bellos ojos de la muchacha había una clara respuesta: "Decide tú."

Vriola le miraba expectantemente.

Al cabo de un rato, Ardax dijo:

—Vriola, ¿sabes por qué estoy aquí?

—Zuhor me lo contó todo. Yo no creo en tu culpabilidad...

—No me adules —dijo él, sonriendo tristemente—. Perdí mucho cuando me condenaron, pero lo gané todo cuando encontré a Selene y volví al lugar donde me habían desterrado.

La desilusión asomó a los bellos ojos de Vriola.

—Creo haber oído una negativa —dijo.

—Sí —confirmó Ardax.

Vriola se puso en pie.

—Siento haber interrumpido tu apacible retiro —manifestó con helado acento—. Buscaré a otro...

Ardax hizo un gesto con la mano. Vriola le miró intrigada.

Iako se había puesto en pie y caminaba hacia la astronave. Llena de curiosidad, Vriola contempló las acciones del robot.

—Puedes volverte a tu país —dijo Ardax—. Buen viaje

Al mismo tiempo, retenía de la mano a Vriola. Serene cuchicheó:

—Di adiós, rápido.

—¡Adiós! —exclamó ella en voz alta.

Iako había entrado en la nave. A los pocos segundos salió.

La escotilla se cerró. El aparato se elevó inmediatamente a toda velocidad.

Un minuto después, se vio en las alturas un enorme relámpago. El estampido de la explosión llegó unos segundos más tarde.

Estupefacta, Vriola se volvió hacia Ardash.

—Mi nave ha explotado —dijo.

—Sí.

—Pero tú sabías...

—Mientras comíamos, envié a Iako a explorar. Encontró una radio subespacial en funcionamiento, la que recogía los menores sonidos que se producían en un cuarto de kilómetro a la redonda.

—Isona me espiaba —gritó Vriola.

—En efecto. Y apenas oyó mi negativa y tu despedida, supo que emprendías el vuelo de nuevo. Entonces, hizo funcionar la espoleta de la bomba que llevaba tu nave, sin que tú lo supieras.

—Pero pudo haberlo hecho durante mi viaje...

—Seguramente, Isona quería saber con quién te entrevistabas y qué resultados ibas a obtener de la entrevista. Cuando supo que yo me negaba a tomar parte en tus planes, juzgó que ya no era necesario que siguieras con vida; tarde o temprano, buscarías a otro y, de este modo, se libraba de preocupaciones con respecto a ti.

—No se ha librado de esas preocupaciones —aseguró Vriola con ojos centelleantes—. Todavía estoy viva.

De repente, sus brazos cayeron a lo largo del costado.

—Pero sin astronave —agregó.

—Yo tengo una —dijo Ardash.

Los ojos de Vriola chispearon.

—¡Es verdad! No se me ocurrió pensar que de alguna forma habíais llegado a Sólitus... ¿Dónde está la nave?

—Te la prestaremos y tú la devolverás de algún modo.

Vriola se puso seria.

—Oh, yo pensé que ibas a ayudarme...

—Te he ayudado, salvándote la vida.

—Comprendo —dijo Vriola tristemente—. No quieres abandonar el

planeta. Eso significa que Isona continuará cometiendo más crímenes...

—¿Crees que seguirá ejerciendo el tráfico de humano-robots?

—Sí. Es una mujer despiadada y, hasta que no haya muerto, continuará transformando en robots a los seres humanos.

CAPÍTULO IV

Thasia, la teniente de Issona, estaba sentada frente al cuadro de mandos, con una enorme pantalla de televisión encendida, que mostraba el fascinador espectáculo del espacio, de una negrura total, sólo interrumpida, por las miríadas de estrellas de todos los colores que salpicaban la bóveda celeste. De pronto, un punto chispeó con cierta intensidad en una de las cuadrículas de la pantalla.

Thasia presionó una tecla:

—Objetivo a la vista —anunció.

Desde su cámara, Issona preguntó:

—¿Distancia?

—Siete coma dos. El objetivo sigue la órbita prefijada.

—Acelera en un nueve coma dos por ciento. Dentro de treinta minutos, todas las amazonas a sus puestos de combate.

—Está bien.

Issona saltó de la cama y fue a la ducha, con la que refrescó su hermoso cuerpo. Luego se puso el uniforme habitual, se peinó un poco y, sin prisas, se encaminó *al* puesto de mando.

Al entrar, Thasia le señaló un punto en la pantalla.

—La "Fidhur" —dijo.

Issona examinó la pantalla, en la que podían verse las distancias relativas entre las dos naves. Reflexionó unos momentos.

—Todavía queda algo de tiempo —dijo al cabo—. ¿Has oído la transmisión de la radio espía?

Thasia sonrió.

—Vriola no nos dará ya más preocupaciones —contestó—. Fue una buena idea la de instalar esos aparatos a bordo de su nave. Nos ha servido para escucharlo todo y, además, para accionar la bomba que ha

destruido la astronave de esa rencorosa mujer.

—Me preocupa el hombre a quien fue a pedir ayuda. ¿Has oído hablar tú alguna vez de Ardax?

—No, no tengo la menor idea de quién pueda ser —contestó Thasia—. Ah, mira, la "Fidhur" está ya sólo a cinco coma uno.

Los ojos de Issona se entornaron.

—Cinco millones cien mil kilómetros es todavía demasiada distancia —declaró—. Aguardaremos otros treinta minutos.

El tiempo transcurrió lentamente. La distancia entre las dos naves se redujo a menos de la mitad.

—¿Están listas las torpedistas? —preguntó Issona de pronto.

—Sí. Sólo falta programar el rumbo en la cabeza explosiva de los torpedos —informó Thasia.

Issona graduó el mando telescópico de la pantalla. La astronave perseguida aumentó de tamaño grandemente.

—El torpedo debe ser dirigido a la cabina de mando —dispuso—. Avisa para que introduzcan los datos en los giróscopos direccionales.

—Está bien.

Un minuto más tarde, llegó el aviso de que el torpedo estaba listo.

—Yo dispararé —dijo Issona.

La distancia era solamente de dos millones y decrecía a razón de veinte mil kilómetros por minuto.

Ahora, en la pantalla, había un círculo rojo permanentemente situado sobre la proa de la nave, donde se hallaba la cabina de mando, con todos los aparatos de gobierno y de transmisiones. El círculo rojo se empequeñecía gradualmente.

De pronto, se convirtió en un puntito rojo. El índice de Issona apretó el botón de disparo.

* * *

A bordo de la "Fidhur" reinaba el caos. Una terrible explosión había destruido no sólo la cámara de mando, sino unos cuantos compartimentos situados en las inmediaciones, matando instantáneamente a cuantos se hallaban en aquellos lugares. Se habían producido algunas muertes por descompresión, pero las puertas estancas habían funcionado automáticamente, evitando así la pérdida de aire en el resto de la nave.

Sin embargo, no había nadie entre los pasajeros capaz de poner

orden en aquella terrible confusión. Se oían gritos, llantos, imprecaciones... y ni uno solo se daba cuenta exacta de lo que sucedía.

En la "Fidhur" viajaban unas cuatrocientas personas, incluida la tripulación. Treinta o cuarenta habían muerto con la explosión. El resto sobrevivía, temiendo lo peor.

Las luces no funcionaban en todos los departamentos. Las baterías de emergencia, de funcionamiento automático, habían sido también destruidas en buena parte.

Trescientas sesenta personas de ambos sexos y de todas las edades se movían en el mayor desconcierto, sin saber qué hacer ni adonde acudir. La llegada a la destruida cabina de mando, donde unas decenas de cadáveres yacían destrozados, convertidos en congelados pedazos de carne ensangrentada, era absolutamente imposible, dado que las puertas estancas, al no haber presión, no podían funcionar.

Nadie vio, por tanto, la nave que se acercaba subrepticamente por la popa de la "Fidhur". Ni nadie se enteró de que había otros seres a bordo, hasta que vieron a Issona y a sus compañeras, todas armadas hasta los dientes, irrumpir en la sala principal de la nave.

—Hemos venido a ayudarles —declaró Issona—. Captamos unas señales de socorro y desviamos nuestra nave para acudir a salvarles.

Sonaron gritos de alegría. Los pasajeros y tripulantes que habían sobrevivido a la explosión aplaudieron entusiasmados a la bella mujer, que se les aparecía como un ángel de salvación, cuando su situación era más crítica.

—Ahora bien —continuó Issona—, nuestra nave es pequeña y, para efectuar el transbordo, será preciso seguir determinadas reglas. ¿Están aquí todos los supervivientes?

Varias voces contestaron afirmativamente. Issona sonrió complacida.

—Sigán las instrucciones de mis ayudantes. Las mujeres, los niños y las personas de edad superior a los cincuenta años, pasarán al compartimento contiguo a esta sala. Los hombres quedarán aquí, por el momento.

Dos centenares de personas se marcharon alegremente hacia el lugar señalado, escoltados por unas cuantas Amazonas. En la sala principal quedaron unos ciento sesenta hombres.

—Hay algunos mayores de cuarenta años —bisbiseó Thasia al oído de su capitana.

—Un veinte por ciento. Ya nos desharemos de ellos, pero conviene no levantar sospechas.

Las mujeres, los niños y los hombres maduros iban cruzando la puerta señalada. Cuando el último hubo pasado al otro lado, dos de las Amazonas cerraron la puerta y echaron las llaves de seguridad.

Afuera, vestidas con trajes espaciales, había dos Amazonas, provistas de sendas perforadoras de gran potencia, con brocas de cincuenta milímetros. Las brocas eran capaces de perforar el metal más duro.

Un minuto más tarde, dos agujeros de cinco centímetros se habían abierto en la sala donde estaban encerradas las mujeres, los niños y los hombres de mayor edad. El aire empezó a escaparse instantáneamente.

Durante unos minutos, se produjeron escenas dantescas en aquel compartimento. Luego llegó la asfixia, pero los desgraciados murieron por descompresión antes que por falta de oxígeno.

Una de las Amazonas se acercó a Issona y le comunicó algo al oído. Issona volvió a sonreír.

Los prisioneros, que no sabían aún que lo eran, se sentían inquietos. Issona anunció que iba a llevarlos a todos a su nave.

—Montaremos un tubo estanco para el transbordo —explicó.

La operación estuvo rematada en menos de media hora. Ciento sesenta hombres pasaron a una cámara en la que apenas si podían mantenerse en pie, dadas las apreturas.

Entonces, un gas narcótico les hizo dormir a todos. Más tarde, las Amazonas eligieron a unos treinta hombres, mayores de cuarenta años, y los lanzaron al espacio sin escrúpulos.

Finalmente, y desde una distancia conveniente, Issona hizo lanzar media docena de torpedos, que convirtieron a la "Fidhur" en polvillo cósmico. El asalto se había saldado con ciento treinta prisioneros, los cuales, inconscientes todavía, ignoraban la suerte que sus captoras les habían destinado.

—Y ahora, ¡rumbo a Smahán! —gritó Issona, cuando todo hubo concluido.

* * *

La búsqueda duró largo rato, antes de que Iako encontrase el transmisor escondido entre unas hierbas.

—Aquí —gritó.

Ardax y las dos mujeres corrieron hacia el robot. Ardax dio un consejo:

—No hablen para nada.

Iako le entregó el transmisor, provisto de un motorcito y unas ruedecillas que le permitían moverse fácilmente sobre el terreno. Ardax lo dejó en el suelo y luego, con la ayuda de una piedra de gran tamaño, lo redujo a un montón de piezas inservibles.

—Bueno, ahora ya estamos tranquilos —dijo, satisfecho.

—Pero, no entiendo... —Vriola se sentía desconcertada.

—Tú podías alejarte de la nave. Ese transmisor te seguiría automáticamente y recogería todos los sonidos, enviándolos al de la nave, desde donde eran retransmitidos al centro de escucha de Issona —explicó Ardax—. Pero también pudiera ocurrir que contuviese alguna cinta que continuase grabando sonidos. Entonces, Issona, algún día, habría enviado a recoger el transmisor.

—Ahora sí lo comprendo. Entonces, ¿me ayudarás?

Era de noche. En el cielo, brillaban los innumerables pedruscos del anillo en que, miles antes, se había convertido la Luna.

Vriola comprendió los motivos del silencio de Ardax.

—Una vez te acusaron injustamente. Luchaste contra la injusticia. ¿No lo vas a hacer ahora? —preguntó.

—La respuesta no depende de mí —contestó Ardax gravemente.

Vriola volvió los ojos hacia Selene.

—Yo haré lo que él decida —contestó la muchacha.

—Se vive muy bien en Sólitus —suspiró Vriola—. No reprocho la negativa. De todas formas, gracias por haberme escuchado. Os devolveré la nave en cuanto me sea posible.

—Aguarda un momento —pidió Ardax—. Todavía no hemos dicho no de un modo rotundo.

La esperanza renació de nuevo en el ánimo de Vriola.

—Nunca tendrás que arrepentirte de mi gratitud...

—No lo haré por gratitud —atajó él—. Iako, ¿estás bien informado de todo lo que ocurre?

—Sí, señor —contestó el robot.

—¿Cuál es tu análisis futurible de los acontecimientos?

—Un robot no puede mentir, no está construido para la mentira, sino para informar a los humanos con veracidad —dijo Iako—. Por tanto, mi cálculo de probabilidades favorables es sólo de cuarenta y nueve por ciento.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Selene, sorprendida.

—Es bien simple. Un cincuenta y uno por ciento a favor de la ayuda

a Vriola significaría el éxito. Si emprendéis la acción contra Issona, deberéis buscar el modo de hacer que ese dos por ciento que ahora está en contra de vosotros, pase al otro lado de la balanza, para desnivelarla en contra de Issona.

—Pero tú podrás indicarnos el método apropiado —exclamó Vriola.

—Un robot es una máquina a la que se consulta y de cuyas respuestas se extraen enseñanzas útiles, pero nunca emite decisiones que sólo pueden adoptar los humanos. Issona es un humano y daña a los humanos, pero yo soy un robot y no puedo dañar a Issona, aunque sea una criminal.

Vriola comprendió el significado de aquella respuesta. La decisión competía a Ardax de un modo exclusivo.

Selene miraba a su esposo. Sabía lo que pasaba en su interior.

La vida de Sólitus era dulce, apacible..., pero Ardax había sido educado y entrenado para la aventura. No obstante, los riesgos podían ser gravísimos.

Incluso podía ocurrir que Ardax fuese capturado por Issona y convertido en un hubot.

"Sería horrible", pensó.

Algo espantoso, medio hombre, medio robot... y todo ello para satisfacer las ansias de codicia de una mujer sin sentimientos.

Ardax rompió el silencio súbitamente.

—Vriola, si tú estuvieses en mi lugar, ¿por dónde empezarías? —preguntó.

—Lo primero que haría sería comprar a Jashar. De este modo, podríamos enterarnos cómo y dónde fue transformado en un hubot —respondió la joven.

—¿Sabes dónde está Jashar ahora?

—Sí. Lo compró un rico propietario del tercer satélite de Hathagor, llamado Hayud. Los satélites de Hathagor no tienen nombre, sólo se les denomina por una cifra.

—Entendido. Pero... tu esposo era joven y apuesto, como todos los hubots. ¿Por qué no lo adquirió una mujer?

Vriola hizo una mueca de desprecio.

—Se compra un hubot porque es una máquina fuerte, resistente y con gran inteligencia —respondió—. Pero, cuando se presenta la ocasión, una mujer rica compra un esclavo humano..., un hombre completo.

—Esa respuesta lo dice todo —murmuró Ardax pensativamente.

CAPÍTULO V

El tercer satélite de Hathagor era poco más que un pedrusco en el espacio, al que se había dotado de gravedad artificial, lo que permitía no sólo la existencia de una atmósfera respirable, sino que los movimientos de sus habitantes se realizasen con entera normalidad.

Antes de actuar, Ardax decidió informarse detalladamente de la personalidad de Hayud, el rico propietario que había comprado a Jashar. En el tercer satélite, cuyas dimensiones máximas eran de doscientos kilómetros de largo por ciento cincuenta de ancho y otro tanto de diámetro, no había sino una pequeña aldea, compuesta por unas sesenta casas, construidas la mayoría de ellas con losas basálticas, elemento abundante en la composición geológica del satélite.

Ardax desembarcó en el bote auxiliar de la astronave, un aparato que parecía más bien un torpedo de grandes dimensiones y con capacidad para cuatro personas. No obstante, decidió emprender solo la exploración: las mujeres y el robot quedaron a bordo de la nave.

Era una medida de precaución lógica. En un satélite como el tercero de Hathagor había siempre escasez de mujeres y la presencia de dos beldades como Selene y Vriola podía comprometer el éxito de la primera operación. En cuanto a Iako, como robot, resultaba enormemente tentador, en un sistema donde las máquinas pensantes eran todavía mucho más escasas que las mujeres.

Dejó la nave en las afueras de la aldea. A lo lejos se veían grandes extensiones de campos roturados, abundantes en vegetación. Resultaba una incongruencia en un cuerpo celeste del que casi se divisaban los límites a ojo desnudo. Pero la instalación de los generadores de gravedad había supuesto su habitabilidad.

Ardax se echó la guitarra a la espalda. Podía ser un elemento útil, como la espada que en ocasiones había utilizado. De momento, prefería

no llevar otras armas.

Entró en la aldea. Las casas eran bajas, de un solo piso, bien construidas. Unos cuantos curiosos le contemplaron con moderado asombro.

Había una sola calle en la aldea. Fingiendo indiferencia, Ardax examinaba las paredes de las casas con mirada penetrante. Años atrás, le habían proscrito y era muy posible que todavía subsistiera la recompensa de veinticinco mil áureos que se ofrecía por su cabeza.

Pero en Hathagor-3 no había carteles con su efigie. De pronto, vio a una hermosa mujer parada en la puerta de una casa.

Ella era pelirroja, de ojos maliciosos y cuerpo generosamente conformado. Vestía una especie de blusa, muy escotada, y falda hasta los tobillos, pero abierta por un costado, desde casi la cintura.

—¿Adónde vas, viajero? —preguntó ella.

Ardax se quitó el gorriillo con una pluma que adornaba su cabeza y ejecutó una gran reverencia.

—Busco un lugar donde divertirme, tomar una copa de vino y pagar con una canción —contestó.

Ella arqueó las cejas.

—He oído hablar de trovadores en la Galaxia, pero no había visto ninguno hasta ahora —manifestó.

—Delante de ti hay uno, hermosa señora. Mi nombre es Ignus y, ya sabes, a cambio de una copa de vino.

—Una canción —exclamó—. Está bien, entra y tendrás tu copa de vino. Me llamo Duwa.

—Encantado, Duwa.

Los ojos de la mujer chispearon de un modo singular. Ardax cruzó el umbral y vio que se hallaba en una taberna, desierta en aquellos momentos.

—¿Eres la dueña? —preguntó.

—Sí.

Duwa pasó al otro lado del mostrador y llenó un gran cuenco de un material oscuro, muy pulimentado, con el vino que vertió de un frasco artísticamente tallado.

—Vino de las viñas de Hayud, el dueño de este satélite —dijo.

Ardax cogió el cuenco con ambas manos y lo elevó un poco.

—A la salud de la mujer más hermosa de la Galaxia —brindó.

Duwa se echó a reír, a la vez que se acodaba en el mostrador.

—Paga, Ignus —pidió.

—Sí, al momento.

Ardax descolgó la guitarra de su espalda, templó las cuerdas y empezó a rasguitarlas, a la vez que entonaba una canción dulce y melancólica, de una grave melodía, que encantó a la mujer.

Al terminar, Duwa aplaudió entusiasmada.

—Jamás había escuchado nada tan bello —dijo—. ¿Cómo se titula esa canción?

—*Balada por la pérdida del ser amado*. Puede aplicarse lo mismo al hombre que a la mujer —sonrió Ardax—. Pero también sé otras canciones más alegres.

Duwa estaba entusiasmada. Ardax desplegó para ella lo mejor de su repertorio. Media hora más tarde, la mujer se sentía completamente hechizada.

—Nadie llegó a Hathagor-3 que se pueda comparar contigo —dijo—. ¿Estarás mucho tiempo aquí?

Ardax hizo un encogimiento de hombros.

—Soy un trovador, un hombre errante... y lo creas o no, busco a una mujer —contestó.

—¡Oh, no! —exclamó Duwa.

—Sí. Desapareció un buen día. Sospecho que fue raptada y transformada en una cosa horrible... Puedo asegurarte que la doy por perdida, pero, al menos, quiero vengar lo que hicieron con ella.

—¿Qué es lo que hicieron, Ignus?

Ardax tomó otro sorbo de vino.

—Fue convertida en un hubot —contestó.

Duwa alargó una de sus manos y la puso sobre la que Ardax tenía en el mostrador.

—Lo siento de veras —dijo—. Si hicieron eso con tu mujer, sí, puedes darla por perdida. Pero no era la única mujer en el mundo.

Ardax sonrió.

—El tiempo mitiga el dolor inexorablemente —contestó.

Había una luz especial en los ojos de Duwa. Ardax dejó la guitarra en el mostrador, pasó al otro lado y abrazó a Duwa apasionadamente. Duwa cerró los ojos. Era un hombre maravilloso, pensó, cuando los labios del joven se pegaban a los suyos con ardoroso contacto.

—Ha llegado un viajero a la aldea. Dice que busca a su mujer, que fue convertida en hubot.

Hayud miró fijamente al hombre que tenía ante sí.

—¿Cómo lo sabes, Thriddus? —preguntó.

—Me lo ha dicho Duwa. Parece chiflada por ese viajero, que ha resultado ser un trovador...

—De modo que el trovador busca a una mujer que ahora es un hubot. —Hayud rio estruendosamente—. Es la cosa más divertida que he oído en los días de mi vida.

—A mí me ha parecido que ese hombre es un espía, pero, claro, no he querido decir nada delante de Duwa. Ignus la ha vuelto loca, créeme.

Hayud frunció el ceño.

—Jamás se ha hubotizado a una mujer —aseguró—. ¿Por qué diablos se iba a realizar una operación tan costosa como estúpida?

Thriddus guardó silencio. De pronto, Hayud tomó una determinación.

—Mis armas —dijo—. Vamos a la aldea.

—Sí, señor.

Instantes después, los dos hombres partían en un aeromóvil hasta la aldea, distante de la posesión unos veinticinco kilómetros. El vehículo, que anulaba la gravedad del asteroide por sus generadores, los transportó hasta su destino en menos de diez minutos.

Hayud y Thriddus se apearon ante la taberna de Duwa. Desde el exterior oyeron la voz del trovador, acompañada del melancólico rasgueo de la guitarra.

Hayud entró en la taberna. Era un hombre alto, fornido, de pecho y vientre prominente y mirada autoritaria. En un instante captó la situación.

Duwa estaba sentada en el mostrador, siguiendo con las palmas de sus manos el ritmo de la canción que interpretaba Ardax. Una docena de hombres y mujeres escuchaban embelesados al trovador.

Ardax terminó la canción y aceptó agradecido los aplausos. Dowa le sirvió más vino.

De pronto, todos repararon en la presencia de los recién llegados.

—¡Hayud! —gritó Duwa.

Hayud avanzó unos pasos. Sus ojos centelleaban de furor.

—He oído decir que hay aquí un mentiroso, quien asegura que su esposa fue hubotizada —dijo.

Ardax se puso en pie.

—Señor, al menos, esos fueron los informes que he obtenido —contestó amablemente—. Si me engañaron, la culpa no es mía.

Hayud le miró críticamente.

—Sólo se hubotiza a los hombres, no a las mujeres —contestó—. ¿No lo sabías?

—Acabo de enterarme, señor. Gracias por tu información.

—Eres un espía. Aquí estás de más. Lárgate.

—Tengo derecho a estar en cualquier parte de la Galaxia, donde haya seres humanos —manifestó Ardax.

—Hathagor-3 es mío...

—Casi tuyo, Hayud —terció Duwa—. Esta taberna, por ejemplo, es mía.

Hayud se echó a reír.

—Está bien —dijo—. Jugaré con el trovador. Si gana él se irá. Si él gana, podrá quedarse aquí todo el tiempo que quiera.

—No —exclamó Ardax—. Siempre he deseado poseer un hubot, pero su precio es prohibitivo para un trovador que sólo cuenta como medios de vida su guitarra y las monedas que le arrojan sus oyentes. Si quieres que juegue contigo, tendrás que poner a uno de tus hubots como puesta.

—No está mal pensado. —Hayud se echó a reír—. Soy un hombre rico; poseo casi dos docenas de hubots, que me hacen todo el trabajo en los campos. Si me ganas, podrás elegir el hubot que más te agrade..., pero ¿sabes siquiera la clase de juego en que vas a tomar parte?

Ardax se inclinó profundamente.

—Tú me lo dirás ahora, señor —contestó.

Había una perversa expresión en los ojos de Hayud. Duwa se puso una mano en el pecho, sabedora de lo que iba a escuchar a continuación.

—Será un juego a muerte, con puñales a la espalda. El que retroceda un paso, morirá —dijo Hayud con deliberado dramatismo.

Ardax no se inmutó.

—Acepto la partida —dijo.

* * *

Los puñales, largos de treinta centímetros, asomaban por el centro de dos tableros de sólida madera, sostenidos verticalmente por una serie de tirantes y apoyos sujetos al suelo, que les conferían una rigidez

absoluta. Entre cada tablero había un espacio de poco más de tres metros.

La noticia del juego a muerte se había extendido por toda la aldea. Un par de centenares de personas se agolpaban en torno a los tableros, situados frente a la taberna.

El juego consistía en que cada contendiente empujase a su adversario. Una serie de tirantes laterales impedían que los jugadores se salieran de los límites marcados, algo así como las cuerdas de un ring de boxeo, pero totalmente rígidos, de modo que no podían ceder con el impulso lateral de un cuerpo humano.

Había doce puñales en cada tablero, en dos hileras, situadas a unos ciento sesenta centímetros del suelo. Ello restaba a los contendientes un espacio de más de medio metro.

Thriddus y algunos más ayudaron a colocar los tirantes transversales después de que los jugadores estuvieron en el interior del recinto, del cual sólo uno saldría con vida. Desde la puerta de la taberna, Duwa contemplaba con ansiedad la escena del combate.

Había visto más de uno. A Hayud le divertía el juego de los puñales. Todos sus adversarios habían muerto, horriblemente acuchillados. Duwa temía que a Ignus le sucediera lo mismo.

—¿Estás listo? —preguntó Hayud de repente.

—Sí —contestó Ardax.

De súbito, Hayud, sin previo aviso, extendió sus brazos y golpeó al joven en el pecho con las palmas de sus manos.

CAPÍTULO VI

Ardax retrocedió un par de pasos. Algo le pinchó suavemente en la espalda.

Sonaron algunos gritos. Hayud, asombrado, comprobó que su adversario era más fuerte de lo que parecía. El empujón, que hubiera lanzado a una persona a diez pasos de distancia, apenas si le había hecho moverse.

Repitió la operación. Ardax elevó las palmas de sus manos y paró el golpe.

Durante unos segundos, los dos adversarios permanecieron en la misma posición, resoplando sordamente, cubiertos de sudor, con los músculos sometidos a una enorme tensión. De pronto, las hercúleas fuerzas de Hayud parecieron tomar ventaja.

Ardax volvió a retroceder. Su pie derecho se clavó en el suelo, mientras la pierna izquierda, flexionada, contrarrestaba el empuje de su adversario. Era una potencia enorme la de Hayud, pensó.

Pero también había una diferencia entre ambos: quince años de edad y unos bien cultivados músculos, cosa lograda durante su larga permanencia en el destierro, lo que le había hecho vivir una existencia poco menos que salvaje. Y todavía existían otras circunstancias que habían contribuido al fortalecimiento de su musculatura.

Antes de llegar a los treinta años, había alcanzado el grado de coronel de la Armada de la Honorable Liga de Sistemas. Era preciso demostrar valor, inteligencia y fuerza física, sobre todo, durante la etapa de teniente explorador. Era la más dura de todas y la que daba la verdadera medida de un hombre. Un teniente explorador que conservaba la vida al final de la etapa, era un ser excepcional. Los débiles perecían.

Y Ardax había sobrevivido, después de pasar por pruebas mucho

peores que aquella a la que Hayud le quería someter. Aunque Ardax no acababa de comprender bien las razones por las cuales Hayud quería su muerte, sólo por el hecho de desear uno de sus hubots.

Hayud empujó de nuevo. Las rodillas de Ardax empezaron a flexionarse. La multitud contenía el aliento.

En el cuello de Hayud aparecieron gruesos paquetes de músculos, como cuerdas vivas. Su cara estaba enrojecida. Parecía que iba a ganar, pero su adversario resistía como una roca.

De repente, Hayud aflojó un poco la presión de sus manos. Empezaba a llegar al límite de sus fuerzas. La resistencia de su adversario parecía insalvable.

Abrió la boca. Necesitaba aire para sus pulmones. Ardax aprovechó la ocasión y empujó con todas sus fuerzas.

Sorprendido, Hayud trastabilló ligeramente. Sin dejarle recuperarse, Ardax hizo un segundo esfuerzo y proyectó a su contrincante hacia atrás con tremendo ímpetu.

Hayud retrocedió. Se oyó un grito de terror general.

Pero ante el asombro general, los puñales no penetraron en las carnosas espaldas del gigante. Ardax se dio cuenta de que Hayud seguía vivo.

Había un truco, pensó, con la rapidez del relámpago. Y cuando Hayud, aparentemente repuesto, cargaba nuevamente contra él, agarró su brazo izquierdo con ambas manos y, con un fulgurante movimiento, imposible de resistir, lo hizo girar en redondo.

Hayud quedó ahora frente a los puñales. Antes de que pudiera reaccionar, Ardax le asestó un violentísimo empujón, que lo lanzó hacia delante con indescriptible potencia.

Se oyó un chillido desgarrador. Durante unos segundos interminables, Hayud permaneció en pie, clavado a los puñales, agitando los brazos frenéticamente. Luego, de pronto, empujó con ambas manos apoyadas en el tablero y retrocedió, pero el paso siguiente le hizo caer de espaldas al suelo.

* * *

Se oyó un agudo chillido de cólera:

—¡Traición! ¡El trovador ha hecho trampa!

Ardax se volvió hacia el hombre que había lanzado el grito.

—Tu amo es el que hizo trampa desde un principio, poniéndose una

pieza blindada en la espalda —exclamó—. Que lo comprueben los neutrales.

Varios individuos soltaron los flejes que delimitaban el mortal terreno de juego. Hayud ya no se movía.

Unas cuantas manos le dieron la vuelta. Alguien rasgó su camisa, en la que aparecían unos cuantos pinchazos.

—¡El trovador tenía razón! ¡Hayud hizo trampa! —gritó uno.

Ardax salió del recinto. En la puerta de su taberna, Duwa le sonreía con expresión arrobada.

—Es muy probable que Hayud hiciera trampa en otros juegos anteriores —dijo Ardax tranquilamente—. Por eso le hice girar, para vencer en un juego que él había creído ganar con artes ilegales.

Thriddus permanecía inmóvil, mirando al joven con ojos llenos de rencor. Ardax avanzó un paso hacia él.

—He ganado la apuesta —dijo—. Entrégame al hubot llamado Jashar.

De súbito, Thriddus giró sobre sus talones y echó a correr. Saltó al aeromóvil, lo puso en marcha y arrancó a toda velocidad, antes de que ninguno de los presentes pudiera impedirselo.

—¡Va hacia la granja! —gritó Duwa.

Ardax maldijo entre dientes. De pronto, se le ocurrió una idea.

Vriola le había proporcionado fondos en abundancia. Simulaba no tener dinero, pero no escaseaban los billetes en su bolsillo.

—¡Quinientos áureos al que me proporcione un aeromóvil! —gritó.

—Míos —contestó alguien—. Ven, trovador.

El hombre echó a correr. Ardax le siguió en el acto.

—Me llamo Dussor —dijo el sujeto, una vez hubo puesto en marcha su vehículo—. Créeme, no soy yo solo el que se alegra de que hayas dado muerte a ese sinvergüenza que se llamaba Hayud.

—Parece que no tenía muchas simpatías en Hathagor-3 —comentó Ardax tranquilamente.

—¿Simpatías? Oh, todos le detestaban —rió Dussor agriamente—. El satélite era libre, cualquiera podía establecerse en él y demarcar una propiedad, pero Hayud parecía considerarlo como cosa suya exclusivamente. Y el que no estaba conforme con lo que él decía o hacía, pronto tenía que lamentarlo. Si era valiente, admitía el juego de los puñales.

—Y moría.

—Indefectiblemente, pero ahora sabemos por qué él no perdía nunca. Fue un juego magnífico; se hablará de ti durante muchos años, trovador.

Ardax sonrió.

—Faltó poco para que yo quedase ensartado con los puñales —murmuró—. Pero no entiendo por qué me retó al duelo, sólo porque yo quería comprarle un hubot.

—Quería que te fueras del satélite —le recordó Dussor.

—Bien, eso es cierto. Pero ¿por qué?

Dussor se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —contestó—. Pero te daré un consejo. Los hubots de Hayud son muy agresivos.

—Gracias, amigo, lo tendré en cuenta.

Ardax sacó los billetes y empezó a contarlos. De pronto, divisó a lo lejos una serie de edificaciones, situadas en un pequeño valle, cubierto de vegetación.

—La granja de Hayud —indicó Dussor.

—Era un rico propietario, ¿no es cierto?

—Sí. Conseguía grandes cosechas de trigo y de vino, que vendía a buen precio en los mercados del planeta central. Además, poseía numerosos animales, por medio de los cuales hacía funcionar su fábrica de carne envasada. Es preciso reconocer que era un hombre inteligente y trabajador.

—Pero también ambicioso.

—Sí —confirmó Dussor.

El aparato perdió velocidad. Ardax lamentó no haber llevado armas consigo. Si los hubots de Hayud le atacaban, se iba a ver en un serio compromiso.

—Dussor —pidió—, pasa de largo sobre la granja. Vuelve luego y déjame sobre el tejado.

—Está bien, pero yo no intervendré en el conflicto. Soy un hombre prudente, ¿sabes?

Ardax sonrió.

—Los hombres prudentes viven largo tiempo —contestó filosóficamente.

Había anochecido. Thriddus se paseaba nerviosamente por la sala donde estaban los sistemas de comunicación de la granja.

De pronto, oyó un zumbido. Corrió hacia un aparato de radio y dio

el contacto.

—Thriddus —gritó ansiosamente.

—Hola —contestó alguien—. ¿Te ocurre algo?

—He llamado hace más de dos horas y nadie ha contestado...

—Lo siento, estaba fuera. ¿Qué te ocurre, Thriddus? ¿Por qué no me habla tu patrón?

—Ha muerto. Se peleó con un tipo llamado Ignus, que dice ser trovador. Yo no lo creo, ¿sabes? Más bien me parece un espía... y ya puedes imaginarte lo que trata de averiguar... Quiere un hubot llamado Jashar.

—Sí, entiendo. De modo que Hayud ha muerto.

—Esta vez falló en el juego de los puñales. Ignus descubrió su truco, le hizo girar en redondo y lo lanzó de cara contra los cuchillos. Imagínate el resto, tú.

—No es difícil, Thriddus. ¿Y bien, en qué puedo ayudarte?

—Ven a recogerme con una astronave. Tengo que verla. Ya sabes a quién me refiero.

—Sí, desde luego. Pero no llegaré hasta mañana por la mañana. Aguanta lo que puedas.

—De acuerdo.

Thriddus cortó la comunicación. Salió de la estancia y se asomó al exterior. Una veintena de hombres armados permanecía en círculo alrededor de la casa.

—Dispara a matar contra todo el que aparezca —ordenó, imperativo.

No recibió ninguna contestación, pero sabía que el mandato sería obedecido de modo tajante. Giró sobre sus talones y entró en la casa. Buscó una botella y se sirvió una copa de vino.

—¿Por qué no dos copas, Thriddus? —sonó de repente una voz extraña.

La mano del sujeto tembló de pronto. Parte del vino se derramó.

—¿Ignus? —dijo Thriddus.

—Yo mismo. Anda, vuélvete, quiero verte la cara.

Thriddus continuó en la misma posición.

—Has venido a buscar tu hubot —dijo.

—Sí.

—Sal fuera y elige el que más te agrade.

Ardax sonrió.

—No, gracias; he oído la orden que les has dado. También he oído parte de la conversación que sostenías con un tipo desconocido para mí. ¿Quién era?

—No te lo diré —contestó Thriddus hoscamente.

—Muy bien. Entonces, prepárate a morir.

—No estás armado, Ignus.

—¿Por qué no te vuelves? ¿Tienes miedo de mirarme a la cara?

Hubo un instante de silencio. La mente de Thriddus funcionaba con gran rapidez.

—Eres muy listo. ¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó.

—Los aeromóviles son silenciosos y pueden depositar fácilmente a una persona sobre el tejado de la casa.

—Entiendo. Bien, voy a volverme...

Thriddus giró velozmente y disparó dos descargas de energía hacia el lugar de donde procedía la voz del intruso. Pero, demasiado tarde, se dio cuenta de que había errado la puntería.

Ardax estaba a tres pasos a la izquierda del lugar al que había disparado. Y en su mano había algo que voló por los aires, despidiendo un chispazo metálico durante una décima de segundo.

El cuchillo se enterró profundamente en el pecho de Thriddus. Sonó una tos agónica. Un cuerpo humano cayó al suelo.

Ardax se acercó al individuo. Thriddus quiso decir algo, pero, de repente, una bocanada de sangre ahogó la voz en su garganta. Pateó un poco y se quedó quieto.

CAPÍTULO VII

Ardax salió al patio y lanzó una orden seca:

—¡Tirad las armas al suelo! ¡El hubot llamado Jashar deberá acercarse a la casa!

Una veintena de fusiles de energía cayeron al suelo. Uno de los hubots se acercó a Ardax, mirándole inexpresivamente.

—Yo soy Jashar —anunció.

—Ahora me perteneces —dijo Ardax.

—Sí.

Ardax meneó la cabeza. Luego, rehaciéndose, se llevó los dedos a los labios y lanzó un largo silbido:

—¡Dussor, baja! —gritó a continuación.

Un aeromóvil se hizo visible a poco. Mientras Dussor completaba la maniobra de aterrizaje, Ardax entró en la casa. Tenía que devolver algo a su dueño.

Dussor aguardó en el exterior. Ardax le entregó el cuchillo, ya limpio de sangre.

—Te ha sido útil —dijo Dussor.

Ardax sonrió débilmente.

—En efecto —contestó.

—Ignus, no sé si serás realmente un trovador o un espía, lo mismo me da. Lo único que quiero es que no seas jamás mi enemigo.

—Seré tu amigo, Dussor. Y te lo voy a probar. Quédate un hubot para ti y reparte los demás entre la gente de la aldea.

—Pero ¿querrán obedecerme?

—Haz la prueba.

Instantes después, Dussor, con enorme asombro, comprobaba que sus órdenes eran acatadas sin discusión por los hubots. Lleno de alegría

se volvió hacia Ardax.

—En mi cacharro caben cuatro personas. Viajaremos tú, yo y dos hubots. Mañana volveré a por los demás.

—No olvides uno para Duwa.

—Por supuesto.

—Ignus, un hubot me vendrá bien para ayudarme en el trabajo, pero, me pregunto, ¿por qué todos tienen figura de hombre?

—¿Querías tú a un hubot con figura de mujer, sabiendo que, pese a su apariencia, sólo es un ser humano a partir de los hombros?

Dussor suspiró.

—No, no hay nada que pueda sustituir a una mujer auténtica —dijo melancólicamente.

Media hora más tarde, entraban en la taberna. Dussor contó alborotadamente su aventura en la granja del detestado Hayud. Duwa acogió a Ardax con la mirada brillante y la sonrisa en los labios.

—Mañana tendrás un hubot para que te ayude en el trabajo de la taberna —dijo Ardax.

Duwa suspiró.

—¿Por qué no podré tenerte a ti? —se lamentó.

Ardax la abrazó afectuosamente.

—No puedo quedarme —dijo—. La estancia en Hathagor-3 ha sido para mí mucho más grata de lo que piensas.

—Pero ha durado muy poco; sólo una noche y un día...

—Debía durar sólo lo justo. Adiós, Duwa.

Ella le vio marchar con lágrimas en los ojos. Las altas figuras del humano y del hubot se recortaron un instante en el umbral de la puerta. Luego desaparecieron en la noche.

Poco después, Ardax y el hubot embarcaban en el bote.

—¿No me preguntas adonde te llevo, Jashar?

—Eres mi amo —contestó el hubot con voz inexpresiva.

Ardax meneó la cabeza. Luego dio el contacto. Mientras se elevaban en el espacio, llamó por radio a la astronave, que orbitaba lentamente en torno al satélite, a fin de que las mujeres tuvieran todo preparado para su llegada.

* * *

—Jashar, mírame bien. ¿Es que no me reconoces?

Los ojos del hubot carecían de brillo. Su mirada era totalmente inexpresiva.

—No, no sé quién eres —dijo con voz átona.

Vriola se tapó los ojos con las manos.

—Era mi esposo... No me reconoce... —gimió—. ¿Por qué?

Ardax meneó la cabeza. A su lado, Selene dijo:

—No debieras haberlo traído aquí, Alan.

—Ella tenía que enfrentarse con la realidad —contestó el joven.

—Pero... fuimos esposos... Yo era una chiquilla cuando nos casamos; tenía entonces dieciséis años... Dos más tarde, Jashar desapareció... ¿Puede un hombre olvidar en ocho años a su mujer? —gritó Vriola desesperadamente.

—Ya no es un humano —dijo Ardax con sombrío acento.

—Su cara, su pelo, sus ojos, su boca... Son de Jashar...

—Y el cerebro también, pero nada más. El resto es pura mecánica.

Vriola se derrumbó sobre una silla.

—¿Por qué me hizo una cosa semejante esa cruel mujer? —sollozó amargamente.

Ardax no tenía respuesta para aquellas palabras.

—Iako, ¿qué ventaja hay de los hubots sobre los robots? —preguntó.

—Es bien sencillo —contestó el interpelado—. Su cerebro, el natural, irrigado convenientemente, posee trillones de células nerviosas, que la máquina más perfecta no podría reproducir jamás. Por otra parte, lo hubots, si se les ordena, pueden atacar a los humanos. Los robots no causaremos jamás daño a un humano, aun sabiendo que éste puede hacer daño a otro humano o a uno de nosotros mismos.

—No es mala ventaja, en efecto —convino Ardax pensativamente—. Y al utilizar personas para la fabricación de hubots, se ahorran algo tan importante como es el cerebro distribuidor de órdenes a los demás miembros del cuerpo.

—Sin olvidar los circuitos de memoria —añadió Iako.

—Es cierto, todo se almacena en el cerebro...

—Entonces, si Jashar continúa conservando su memoria, ¿por qué no reconoce a su esposa?

La pregunta era de Selene. Ardax meneó la cabeza.

—No lo sé —contestó.

—Probablemente, durante el período de conversión en hubot, hay un tiempo de reacondicionamiento de memoria —sugirió Iako.

—Sí, eso debe de ser —convino Ardax—. Pero me parece que nos hemos olvidado de hacerle una pregunta a Jashar. Muy importante, por supuesto.

Vriola levantó la cabeza vivamente. Selene miró inquisitivamente a su esposo.

—Jashar, ¿dónde está Smahán? —preguntó Ardax.

—No lo sé —respondió el hubot.

* * *

Los prisioneros descendían de la nave, atados de dos en dos, custodiados por las fieras Amazonas de Issona, quien contemplaba el desembarco con la sonrisa en los labios. De pronto, Thasia apareció en la escotilla.

—Llamada urgente de Ki-Zho —anunció.

—Está bien. Sigue vigilando el desembarco.

Issona corrió hacia la sala de transmisiones de la nave. Al llegar allí, vio encendida la lámpara indicadora de que la radio subespacial, capaz de permitir la transmisión instantánea de la voz a velocidades enormemente superiores a la de la luz, estaba en funcionamiento.

Inmediatamente se sentó ante el aparato.

—Issona —dijo.

—Hola. Tengo malas noticias. Hay un espía detrás de tus huellas.

—No me digas —se burló ella—. Ki-Zho, decenas de espías han tratado de echarme el guante, pero ninguno...

—Ninguno como Ignus, el trovador. ¿Lo conoces?

—No he oído hablar de él. Oye, un trovador debe de ser un tipo magnífico, ¿no crees?

—Y peligroso. Ha matado a Hayud y a Thriddus. Hayud perdió en el juego de los cuchillos.

Issona silbó tenuemente.

—Un tipo peligroso, no cabe la menor duda. ¿Qué más, Ki-Zho?

—Ignus se ha llevado consigo un hubot llamado Jashar. No sé qué diablos pretenderá hacer, pero eso puede ser terriblemente arriesgado para ti.

—El hubot no hablará...

—No te fíes. Otros pueden hacerlo hablar. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

—Sí, perfectamente. Pero estoy a cubierto de esas contingencias. No te preocupes; hacer hablar a uno de mis hubots requeriría, en el mejor de los casos, mucho más tiempo del que te imaginas. Y yo no lo puedo permitir. De todos modos, muchas gracias, Ki-Zho. ¿Dónde te encuentras ahora?

—En órbita hacia el tercer satélite. Quiero adquirir información de primera mano sobre lo ocurrido.

—De acuerdo. Llámame en cuanto sepas algo más.

Issona cortó la comunicación. Pulsó otra tecla y llamó a Thasia a través de los altavoces interiores.

La teniente se presentó a los pocos momentos.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Necesito una lista de todos los hubots que pertenecían a Hayud. Este ha muerto y alguien se ha llevado uno de los hubots. Tenemos que utilizar el sistema "Seguridad Absoluta".

Thasia abrió los ojos enormemente.

—Es la primera vez...

—Alguna tenía que ser la primera. Anda, al trabajo.

Thasia se sentó ante una computadora y manejó el teclado con rápidos y expertos dedos. A los pocos momentos, tenía en la pantalla una serie de veinticinco nombres, seguido cada uno de una clave en cifras y letras.

—Repítelos y añade a continuación de cada uno la clave "S.A. *Cero Total*" —ordenó Isona.

Thasia obedeció sin vacilar. Al terminar, presionó una tecla.

Una pequeña tapa se levantó de la consola, dejando al descubierto una diminuta palanquita. Isona alargó la mano y la bajó sin vacilar.

Luego sonrió satisfecha.

—Cinco minutos —dijo.

* * *

A bordo de la nave, todos dormían, excepto el robot, que vigilaba los instrumentos.

De pronto, Iako notó un vivo centelleo en todas las luces de a bordo. Inmediatamente, entraron en funcionamiento sus computadoras y sus circuitos de memoria, para analizar los orígenes de aquel extraño centelleo, que sólo había durado medio segundo escaso.

Otro medio segundo más tarde, tenía la respuesta buscada.

Inmediatamente, se levantó y caminó hacia la popa de la astronave.

Había una puerta entreabierta. Una mujer lloraba y rogaba al otro lado, estrechamente abrazada a una figura inanimada, que permanecía completamente inmóvil, insensible a las lágrimas de la bella Vriola.

Los sonidos llegaron claramente a los circuitos auditivos del robot. Pero Iako captó también otro sonido que, de haber sido humano, le habría hecho sentir un escalofrío.

Vriola no se había apercebido de su presencia. En silencio, Iako dio media vuelta y caminó hacia el camarote de los esposos.

Ardax se incorporó en el lecho al darse cuenta de que alguien encendía la luz.

—Iako, ¿qué modales son éstos? —preguntó con acento de reproche.

—Lo siento, señor. Tengo malas noticias para ti.

Selene se incorporó también, cubriéndose el seno con el embozo de las sábanas. Nunca podría acostumbrarse al hecho de que Iako, pese a su perfecto aspecto físico, no era sino una máquina.

—¿Qué es lo que sucede, Iako? —preguntó.

El robot dio la respuesta. Ardax se tiró inmediatamente del lecho y empezó a ponerse los pantalones.

—De una mujer como Isona, podía esperarse todo —masculló.

Unos minutos después, salía del camarote a todo correr. Alcanzó la sala y divisó a Vriola, todavía estrechamente abrazada al hubot.

—¡Vriola! —gritó.

Ella se volvió.

—Es mi esposo... Haré que me recuerde...

—Ahora no es ni siquiera un hubot, sino algo mucho peor. Sal de ahí.

—No, no me moveré hasta que le haya hecho recordar.

Vriola parecía enloquecida. Ardax saltó hacia ella, empujó al hubot con una mano y tiró de Vriola hacia la salida.

La joven, lívida, desmelenada, chillaba y pateaba histéricamente. Ardax se llevó un par de arañazos, pero consiguió sacarla fuera de la estancia.

Iako cerró la puerta a continuación. Ardax, llevando en brazos a Vriola, atravesó el comedor y ordenó el cierre de las restantes puertas estancas.

Unos segundos más tarde, se produjo la explosión.

CAPÍTULO VIII

Embutido en su traje espacial, Ardax terminó de revisar los desperfectos y voló suavemente hacia la esclusa de proa. Una vez en el interior de la nave, Selene e Iako le ayudaron a quitarse la escafandra.

—Nada grave, aunque sí hay bastantes desperfectos —informó, cuando pudo hablar sin dificultad—. Un boquete en el casco, que no ha afectado al sistema propulsor de la nave.

—Era una bomba muy potente —supuso Selene.

—Alrededor de cincuenta gramos de paradinamita, el explosivo veinte veces superior a la vieja dinamita. Nuestra suerte fue que Jashar tomase el empujón como una orden. Lo lancé contra el mamparo de babor y allí permaneció hasta que se produjo la explosión.

Vriola escuchaba en silencio. Sus ojos estaban secos, pero había círculos violáceos en torno a ellos.

—Pero, no entiendo... ¿Cómo pudo suceder tal cosa? —preguntó Selene.

—Isona es muy precavida. Sabemos que tiene su base, por llamarla así, en Smahán. Pero no sabemos dónde está Smahán ni siquiera si este nombre es el seudónimo de algún astro conocido y catalogado. A lo que parece, ella vende sus hubots a gentes de toda su confianza. Pero no quiere que la traicionen.

—Por lo cual, todo hubot es una bomba en potencia.

—Sí. Y explota cuando ella emite una determinada señal por radio. Entonces, se pone en marcha un mecanismo de relojería. La señal de radio se reflejó en los instrumentos de a bordo y Iako la captó. Luego, cuando vio a Vriola abrazada a Jashar, captó también el *tic-tac* del reloj.

—Nos has salvado la vida, Iako —dijo Selene, agradecida.

—Era mi deber —contestó el robot sencillamente.

Ardax volvió los ojos hacia Vriola.

—Lo siento. Ahora ya no cabe la menor duda de la muerte de tu esposo —dijo.

Y no quiso añadir lo que había visto en el lugar de la explosión, el horrible espectáculo de un cráneo humano deshecho y los sesos literalmente estampados contra la pared. Estaba seguro de que la joven no habría podido soportarlo.

Vriola se puso en pie bruscamente.

—Está bien —dijo—. En estos momentos, más que nunca, es cuando deseo vengar la muerte de mi esposo. Dinero no me falta; te daré cuanto necesites para conseguir llegar a Smahán y destruir este nido de víboras con figura de mujer.

Ardax meneó la cabeza.

—Vriola, ¿de verdad crees que es sólo una cuestión de dinero? —preguntó.

* * *

—De modo que pregunta por los hubots, ¿eh? —dijo Duwa de mal talante—. No me hable más de esos seres; ayer yo tenía uno y si me descuido, salto por los aires. Menos mal que ya sé que no son hombres... pero hubo un par de tontas que creyeron lo contrario y murieron horriblemente destrozadas.

—Algún fallo en los mecanismos, sin duda —sonrió Ki-Zho.

—No lo sé, ni me importa. ¿Otra copa de vino?

—Bien, póngala, preciosa. Y, dígame, ¿dónde podría encontrar ahora a mi amigo Ignus?

Duwa miró fijamente a su interlocutor.

—¿De veras es amigo de Ignus? —preguntó.

Ki-Zho se echó a reír, a la vez que hacía un gesto con la mano.

—Desde que andábamos a gatas, puede decirse —contestó—. ¿No lo sabe?

—No. Se marchó, eso es todo.

—Está bien. Quizá alguno de sus clientes pueda informarme dónde anda en estos momentos.

—Yo tengo algo más, viajero, pero le costará veinte áureos —dijo de pronto uno de los presentes.

—¿Por qué? ¿Es algo de valor?

El tipo sonrió.

—Una colección completa de fotografías del juego de los puñales —respondió.

Ki-Zho sacó varios billetes.

—Si vale la pena...

—Puede estar seguro de que vale la pena —dijo el sujeto.

Ki-Zho examinó las fotografías, en las que no faltaba el menor detalle. En una de ellas, incluso, aparecía Ardax en un primer plano, visto de frente, durante uno de los momentos de la pelea.

—Me las quedo —decidió Ki-Zho finalmente.

Entregó la suma convenida al dueño de las fotografías y se las echó al bolsillo.

Duwa se quedó muy pensativa. Aquel tipo no le gustaba en absoluto.

Ignus había hecho una buena labor, se dijo. Seguramente, no le disgustaría estar enterado de la presencia de Ki-Zho en Hathagor-3.

Agitó una mano. Hathagor-3 no tenía transmisión radial directa con el planeta central. Para comunicarse con Hathagor sólo había un medio.

Dussor acudió al instante. Duwa movió la cabeza.

—Ven a mi cuarto —dijo—. Tenemos que hablar.

—Sí, lo que tú digas.

Un cuarto de hora más tarde, Dussor partía a toda velocidad hacia Hathagor. Duwa pensaba que sólo en el planeta podía encontrar al hombre cuya muerte quería evitar a toda costa.

Porque de una cosa estaba segura: Ki-Zho no era amigo de Ignus, sino todo lo contrario.

* * *

El mensaje de Ki-Zho llegó al centro de comunicaciones de Issona, en Smahán. Los aparatos eran mucho más potentes y, además del sonido, podían emitir y recibir también imágenes.

Junto con el informe, Issona recibió una serie de fotografías de gran valor, que estudió detenidamente. Thasia, su fiel teniente, a su lado, las contempló con singular interés.

—Un tipo verdaderamente guapo —comentó Thasia.

—Olvídate de eso —dijo Issona ásperamente—. Los hombres no significan nada para nosotras.

—Sí, desde luego. ¿Qué piensas hacer?

Issona entornó los párpados.

—Estoy segura de que Ignus debe de ser conocido en alguna parte —dijo pensativamente—. Lleva esta fotografía a nuestro archivo de personas conocidas, a las cuales no conviene transformar en hubots. Con la computadora de identificación tendrás la respuesta en pocos minutos.

Thasia se marchó. Tal como había dicho Issona, tuvo la respuesta cinco minutos más tarde.

Issona leyó el mensaje redactado por la máquina:

IGNUS, CORONEL ALAN ARDAX, ARMADA DE LA HONORABLE LIGA DE ZHEGUNN, DEGRADADO Y DESPOJADO DE SUS HONORES Y CONDECORACIONES Y CONDENADO A DESTIERRO PERPETUO EN S. 5 - 4-5 - 14.

VEINTICINCO MIL AUREOS DE RECOMPENSA POR SU CABEZA, VIVO O MUERTO, CASO DE QUE ABANDONE EL LUGAR FIJADO PARA SU DESTIERRO.

Issona lanzó una risita.

—Un proscrito —dijo—. Puede ser una buena pieza para nuestra colección, ¿no te parece?

—Veinticinco mil áureos no serían de desdeñar si lo capturásemos, en efecto —convino Thasia.

—No. No quiero esa recompensa. Prefiero mil veces el placer de verlo convertido en un hubot... y eso es lo que será el ex coronel Ardax, trovador Ignus, dentro de pocos meses.

* * *

—No quiero que os vean en mi compañía —dijo Ardax—. En ningún momento han de saber que existe una relación entre nosotros. Tú, Vriola, conoces Hathagor; por tanto, puedes desenvolverte mejor en la capital y ayudar a mi esposa. Puedes presentarla como tu secretaria, amiga de confianza, lo que te parezca, pero, pase lo que pase, no hagáis nada. ¿Entendido?

Las dos mujeres asintieron. Ardax se colgó la espada del cinto, se echó la guitarra a la espalda y caminó hacia la ciudad, cuyas luces brillaban en el horizonte.

Dos horas más tarde, estaba cantando en una taberna, con gran complacencia de los clientes. Ardax observó que los camareros eran hubots y se estremeció al pensar en lo que pasaría si aquella docena de

bombas con aspecto humano explotaran a un tiempo.

Un hombre entró al poco rato y se sentó en uno de los mejores lugares. Cuando Ardax terminó una de sus baladas, el sujeto le arrojó una moneda de un cuarto de áureo.

Ardax se llevó la moneda a la frente en señal de saludo. Luego dijo:

—Gracias, noble señor. Cada vez me falta menos para comprarme un hubot.

Vitinius arqueó las cejas.

—¿Puede un trovador permitirse el gasto de comprar un hubot? —preguntó.

—Depende de la tenacidad y paciencia que se ponga en el empeño —rio Ardax—. Si yo quisiera comprarlo mañana, no podría hacerlo. Pero voy ahorrando sin prisas y un día, tal vez...

—Tendrás que esperar, en todo caso, a que se celebre mercado de hubots —manifestó Vitinius.

—¿Por qué? Aquí veo unos cuantos... No creo que el dueño, si le ofreciese el precio justo, se negase a venderme uno.

—El comprador debe firmar un contrato por el que se compromete a no prestar, ceder ni vender a su hubot. De lo contrario, el vendedor queda en libertad de rescindir el contrato, sin que el dueño del hubot tenga derecho a compensación alguna.

—Ya —dijo Ardax—. Bueno, esperaré a que se celebre mercado de hubots.

—Tendrás que aguardar un poco, tal vez tres meses.

Ardax rasgó las cuerdas de su guitarra.

—Dije antes que no tenía prisa. Un año, dos, cincuenta, ¿qué importancia tienen?

Y siguió cantando, mientras Vitinius le contemplaba complacidamente.

Una hermosa mujer llamó la atención de Ardax y el trovador se acercó a ella.

—Ven luego a mi casa. Quiero que cantes solamente para mí —dijo ella.

—Yo canto siempre para el público...

La mujer le arrojó una bolsita con monedas.

—A veces, conviene cantar ante un público de una sola persona —dijo con ojos maliciosos.

Ardax se inclinó.

—Cantaré para ti sola, señora —dijo.

—Me llamo Eghilia, Ignus.

—Un nombre que no se borrará jamás de mi memoria —aseguró él galantemente.

Y mucho más tarde, cerca de la madrugada, hizo una pregunta a la bella Eghilia:

—¿Es cierto que ninguna mujer compra jamás un hubot?

—Hombre, tanto como eso... Yo misma tengo uno, porque necesito un sirviente en la casa. Pero no, no son muchas las que compran hubots. Más bien los adquieren quienes necesitan unos empleados baratos, que no comen, que sólo consumen un mínimo de energía y una determinada cantidad de sangre sintética cada cierto tiempo y que, sobre todo, no discuten ni protestan jamás.

—No sabía que el mercado de semihombres estuviese permitido —dijo Ardax.

—Karmon IV cobra sus buenos áureos por permitir ese mercado. El origen de los hubots no le importa en absoluto. En realidad, ¿a quién le importa?

—Sí, tienes razón, aunque hay algo que me intriga.

—Dime, Ignus.

—Tú tienes un hubot, pero no puedes cederlo, prestarlo o venderlo. ¿Es cierto?

—Sí, así figura en las cláusulas del contrato que firmé en el momento de la compra.

—Me gustaría verlo —dijo él.

—Oh, no hay inconveniente.

Eghilia se levantó. Momentos después, Ardax paseaba la vista por los renglones escritos del contrato que ella había firmado con Vitinius, considerado representante de la empresa constructora y vendedora de los hubots.

—De modo que Vitinius es el representante de la Sociedad Hubótica —dijo.

—Sí, pero, ¿por qué seguimos hablando de una cosa tan aburrida? —dijo Eghilia, lánguidamente, a la vez que le echaba los brazos al cuello—. Hablemos de nosotros, ¿te parece?

Ardax sonrió.

—De acuerdo —contestó.

Alguien despertó bruscamente a Ardax. El joven se sentó en el lecho de la modesta posada, en donde había tomado una habitación.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —preguntó al sujeto que había entrado sin llamar.

—Vístete. Vitinius te llama —contestó el sujeto con voz inexpresiva.

Ardax conocía muy bien aquel timbre de voz. No era un hombre, sino un hubot lo que tenía frente a sí.

Consultó la hora. Era un poco tarde; la víspera había estado cantando hasta muy avanzada la hora en una taberna de la cual no querían dejarle salir los clientes. Eghilia le había llamado, pero él había desechado la invitación con el propósito de que se sentía muy fatigado. Iría en otro momento, prometió a la hermosa mujer, de cuyos cálidos labios había obtenido tan valiosos informes.

Pero ahora ya no cabía la menor duda de que su corto diálogo de dos noches antes con Vitinius, había atraído su atención. Sería una conversación interesante, se dijo, mientras el agua fría de la ducha tonificaba sus músculos.

A los pocos momentos, anunció al hubot que estaba listo, pero que, no obstante, quería desayunar

—El digno Vitinius sentirá un gran placer si lo haces en su casa —manifestó el hubot.

CAPÍTULO IX

Al salir de la posada, una voz pronunció el seudónimo de Ardax:

—¡Ignus!

Ardax se volvió. Un hombre le palmeó efusivamente.

—Ignus, amigo, cuánto tiempo sin verte... Pero, qué sorpresa tan agradable. No esperaba verte por aquí, te lo aseguro. Cuéntame, cuéntame, ¿qué es de tu vida?

—Bueno, ya ves, siempre de un sitio para otro, tocando la guitarra y cantando mis canciones...

—Estás estupendo, Ignus. Los años no pasan por ti, créeme; en cambio, yo, cada día me siento peor... Y la mujer y los críos... y esa horrible suegra que no para de hablar un momento... ¿Tomamos una copa?

A Ardax maldita la gracia que le hacía beber en ayunas, pero Dussor no le hablaría de aquella forma, si no tuviese algo importante que comunicarle. Por otra parte, no parecía lógico que el sujeto hubiese corrido al planeta central casi detrás de sus huellas.

—Bien, tomaremos esa copa para celebrar el encuentro —aceptó.

—Mi amo te espera —le recordó el hubot.

—Aguarda tú aquí, en la puerta. A tu amo no puede disgustarle que yo charle unos momentos con un viejo amigo.

Ardax y Dussor entraron en la taberna de la posada, y se sentaron en una mesa. Vino una camarera rolliza, a la cual Dussor dijo un par de barbaridades, tomó el encargo, lo sirvió y se marchó, después de permitir que el hathagoriano la pellizcase en sus carnosas caderas, gesto que agradeció con una risita de complacencia.

—Bien, Dussor, habla —pidió Ardax minutos más tarde.

—Me envía Duwa. Un tipo llamado Ki-Zho estuvo en Hathagor-3 y

preguntó por ti. Dijo que era amigo tuyo desde la infancia.

—Mintió. No conozco a ningún Ki-Zho.

—Duwa se lo caló. Por eso me envió aquí, para avisarte. ¿Sabes lo que pasó con los hubots de Hayud? Explataron todos. Hubo media docena de muertes y numerosos heridos. Yo me salvé por milagro, ya que estaba fuera de casa en aquel momento. A Duwa, la explosión le destrozó media taberna. Lo curioso es que todos explotaron al mismo tiempo.

—¿Puedes decirme la hora, Dussor? —preguntó Ardax, súbitamente interesado.

—Las seis de la tarde, aproximadamente, hora del satélite.

Ardax consultó su reloj de pulsera, con calendario universal y esfera compensadora de horarios. Sí, a la misma hora se había producido la explosión en su astronave.

—Coincide —dijo sobriamente—. Nosotros estuvimos a punto de volar en el espacio.

—Ahora, cada vez que veo un hubot, se me ponen los pelos de punta —confesó Dussor—. Ah, olvidaba otra cosa. Ki-Zho consiguió una completa colección de fotografías del juego de la muerte. Hay en H-3 un tipo aficionado a la fotografía y se entretuvo con su cámara mientras se desarrollaba el duelo.

Ardax se rasgó la mejilla con el pulgar.

—Muy interesante —comentó—. ¿Algo más, Dussor?

—No. Eso es todo. Duwa creyó conveniente avisarte. En el satélite te estiman todos. Nos libraste de un cuervo.

Ardax sonrió débilmente.

—Un tramposo —dijo—. Nos veremos más tarde, Dussor.

—Yo me quedo aquí —contestó el sujeto, a la vez que hacía una seña a la camarera rolliza. La mujer se acercó—. Siéntate —invitó Dussor—, tú y yo vamos a tomar una copa juntos.

Ella sonrió.

—Encantada —dijo. Y agarró el respaldo de la silla, pero Dussor corrigió su gesto.

—No, no, ahí no; en mis rodillas.

Ardax lanzó una carcajada al oír las últimas palabras. Pero ya cruzaba el umbral y no quiso volver la vista.

El hubot aguardaba en el mismo sitio.

—Vamos, condúceme a casa de tu amo Vitinius —ordenó.

—Sí, señor —contestó el hubot.

* * *

Con un gesto de satisfacción, Ardax se limpió los labios con la servilleta y se echó hacia atrás en su silla.

—Un buen desayuno —elogió. Paseó la mirada por el lujoso decorado que le rodeaba—. Tienes una bonita casa, Vitinius.

—Psé... Me gano bien la vida, Ignus. ¿Para qué sirve el dinero, si no se disfruta de sus beneficios?

—En eso tiene razón. Y ahora, dime, ¿estoy aquí sólo para elogiar el arte de tu cocinero?

Vitinius lanzó una suave risita.

—Por favor, claro que no —dijo—. Pero me has caído muy bien desde el primer momento. Cantas estupendamente, tienes una bonita voz... Bueno, lo que yo quiero decir es que tal vez podría complacer tus deseos de poseer un hubot.

—Hombre, no estaría mal, aunque, la verdad, no sé si el dinero que tengo ahorrado...

—¿Cuánto tienes? —preguntó Vitinius.

Ardax reflexionó rápidamente. Vitinius parecía muy inclinado a hacerle un favor. Una simpatía tal, procedente de un tipo que ponía los intereses materiales por encima de todo, era sospechosa.

Debía citar una cantidad módica, ni demasiado baja, ni muy alta, para evitar posibles recelos en el ánimo de su anfitrión.

—Seis mil y pico —contestó.

—Está bien. Dame cinco mil —indicó Vitinius—. Según la pieza, se llegan a pagar hasta quince o dieciséis mil. Te lo dejaré en trece mil.

—¿Cómo té pagaré los ocho mil restantes? —quiso saber Ardax.

Vitinius se echó a reír.

—¿Puedes garantizarme quinientos mensuales hasta cancelar la deuda? —consultó.

—A veces no gano tanto...

—Bueno, si un mes sólo puedes girarme cuatrocientos, al mes siguiente me enviarás seiscientos. ¿Hace?

—De acuerdo. —Ardax pensó que sería conveniente saber adónde quería ir a parar Vitinius—. Cinco mil ahora y ocho mil en dieciséis meses, tiempo universal.

—Exacto.

Vitinius puso un documento delante de su invitado.

—Fírmalo y el hubot será tuyo —dijo.

Ardax repasó brevemente el documento. A, Vriola, pensó, no le importaría perder cinco mil áureos.

Firmó. Vitinius le entregó un duplicado del contrato. Luego alzó la voz:

—¡Rashab!

Un hubot entró en la estancia.

—¿Señor?

—Ignus, el trovador, te ha comprado. Le perteneces a partir de este momento.

—Sí, señor.

Vitinius se puso en pie.

—¿Estarás muchos días aún en Hathagor? —preguntó.

—No lo sé, nunca planeo una estancia a tiempo fijo en ninguna parte. Pero esta noche, si quieres, puedes oírme en la misma taberna.

—Iré —prometió Vitinius.

Ardax estrechó la mano del vendedor de hubots.

—Gracias, amigo.

—Ha sido un placer, trovador.

A través de una de las ventanas, Vitinius contempló a la pareja que se alejaba hasta que los vio desaparecer al doblar una esquina

En el mismo momento, Ardax se detuvo.

—Párate, Rashab —ordenó.

El hubot obedeció en el acto. Ardax aplicó el oído a su espalda.

Sonrió satisfecho, mientras se erguía.

—Rashab, tengo que darte una orden —dijo.

—Sí, señor.

—Vuelve a casa de Vitinius y dale un fuerte abrazo de mi parte. Dile que es la expresión de mi gratitud. El abrazo, que sea fuerte y prolongado, ¿entendido?

—Sí, señor.

El hubot giró sobre sus talones. Ardax quedó en la esquina, a unos sesenta metros de la residencia de Vitinius.

En aquellos momentos, Vitinius intentaba hacer funcionar su transmisor especial.

—Maldita sea —gruñó—. ¿Dónde se habrá metido esa pájara?

Llamó una vez más. Isona no contestaba.

De pronto, oyó pasos en la estancia.

—¿Quién...?

Vitinius sintió que se le ponían los pelos de punta al ver a Rashab.

—¡Vete! —aulló—. ¡Sal de aquí!

—Lo siento —dijo el hubot con su peculiar voz inexpresiva—. Antes de irme tengo que cumplir la orden de mi nuevo amo. El trovador me ha dicho que te dé un abrazo como expresión de gratitud por lo que has hecho en su favor.

—¡No, no! —chilló Vitinius.

Pero el hubot era fuerte y cumplió la orden de su nuevo amo. Vitinius aullaba de pánico, intentando desasirse de aquellos brazos que le sujetaban con tremenda potencia.

—¡Suéltame, suéltame! —aullaba el vendedor de hubots.

De pronto, se produjo la explosión.

Una ventana saltó por los aires, a la vez que por el hueco brotaba una espesa nube de humo y polvo. Algo cayó al suelo, rebotó varias veces con lúgubres ecos y rodó unos cuantos metros antes de detenerse.

Ardax contempló pensativamente la cabeza separada de su cuerpo por la deflagración de cincuenta gramos de paradinamita.

—No, no es la cabeza de Rashab —murmuró pensativamente, mientras la gente, a su alrededor, corría y se arremolinaba en dirección a la casa del vendedor de hubots.

* * *

Ardax miró asombrado a su alrededor.

—¿Dónde está Selene? —preguntó.

Vriola se encogió de hombros.

—Ha salido. No me dijo adónde iba —contestó.

Ardax frunció el ceño, preocupado. De pronto se dio cuenta de que el aspecto de Vriola había cambiado.

Ya no era la mujer afligida y doliente, sino una hermosa joven, vestida con suma elegancia, capaz de hacer volver la cabeza al más indiferente. Vriola se había peinado cuidadosamente y llevaba puesto un traje de una sola pieza, de color azul negro, sin mangas ni perneras y que dejaba la espalda enteramente al aire. Las botas eran de media caña, blandas y de alto tacón.

En torno a la garganta llevaba un ceñido collar de perlas de seis vueltas. Una joya de gran valor, pensó Ardax.

—Estás muy guapa —elogió.

Vriola sonrió.

—He pasado ocho años de mi vida buscando a mi esposo. Jashar ha muerto. Soy joven. Tengo derecho a vivir —contestó.

—Indudablemente. Y puedes estar segura de que encontrarás otro hombre que te hará feliz.

Vriola le miraba de un modo singular.

—¿Amas mucho a Selene? —preguntó.

—De un modo total, Vriola.

—La envidio. No sabes cuánto daría por ser ella.

Ardax sonrió débilmente.

—Encontrarás otro hombre —insistió—. Y ahora perdóname, tengo que salir.

—¿Puedo ir contigo? —consultó Vriola ávidamente

—No. Lo siento. Recuerda las instrucciones que os di antes de desembarcar.

—¡Lástima! —suspiró ella.

Ardax escapó de la habitación. Por nada del mundo quería complicarse en una aventura amorosa con una mujer ávida de afectos. Las consecuencias podían ser imprevisibles.

Además, estaba preocupado por la imprevista ausencia de Selene.

—¿Dónde diablos se habrá metido? —masculló, mientras caminaba por las calles de la capital de Hathagor, casi sin rumbo.

Llevaban ya una semana en la ciudad y en aquel tiempo, salvo el incidente con Vitinius, no había conseguido nada. Una noche había asaltado la casa del difunto vendedor de hubots, para ver si encontraba algún documento que le indicase la posición de Smahán en el espacio, pero no lo había conseguido.

Un cuarto de hora más tarde, llegó a la taberna donde solía cantar todas las noches. Apenas había entrado, oyó una voz de claros tonos despreciativos:

—¿Comprar un hubot? Vamos, ni que estuviera loco. Los hubots explotan como bombas cuando menos te lo piensas. Ni por todo el oro del mundo querría yo un hubot que es una bomba andante.

CAPÍTULO X

Dussor tenía unas copas de más en el cuerpo, saltaba a la vista. Ardax se sintió preocupado por su amigo.

Alguien se acercó a Dussor.

—Lo que has dicho no es cierto —exclamó.

Dussor miró al sujeto de pies a cabeza.

—Se ve que eres recién llegado —dijo—. ¿Es que no has oído lo que le pasó a Vitinius, el vendedor de hubots?

—Alguien que le quería mal, puso una bomba en su hubot, eso es todo —declaró Ki-Zho.

—Ya —contestó Dussor sarcásticamente—. Y también querían mal a la gente de Hathagor-3 que se quedó con los hubots de Hayud. Explataron veinticinco, y todos al mismo tiempo. Yo tenía uno y casi me estalló en las narices. ¿Crees ahora que miento?

—Lo que sí creo es que estás borracho y que no sabes lo que te dices —exclamó Ki-Zho despectivamente.

Dussor se puso en pie con expresión y actitud belicosa. Ardax puso una mano encima de su hombro.

—Cálmate, amigo —dijo—. Esto no tiene ninguna importancia. Ese hubot ha podido explotar de un modo accidental, lo cual no significa que los demás vayan a explotar también. ¿No es así? —se dirigió a Ki-Zho.

El sujeto le miró fijamente.

—Así es —convino—. Tú eres Ignus, el trovador.

Ardax se inclinó.

—Así me llaman, amigo —contestó.

Ki-Zho le arrojó una moneda de medio áureo.

—Entonces, canta —pidió bruscamente.

—Con mucho gusto.

Ardax acercó una silla y puso encima el pie izquierdo. Ki-Zho se retiró unos pasos con gesto sombrío.

Mientras templaba las cuerdas, Ardax se dirigió a su amigo en voz baja:

—Dussor, si no aprendes a tener la lengua quieta, no llegarás vivo a H-3.

Dussor asintió.

—Lo siento —dijo—. Me dejé llevar por...

—Por un par de copas de más. Cuidado, repito.

Ardax empezó a cantar. Como de costumbre, cosechó numerosos aplausos y bastantes monedas que recogió en su gorriilo, circulando entre los clientes de la taberna.

De pronto, se detuvo antes dos hermosas mujeres que vestían un extraño traje de color rojo oscuro. Una de ellas depositó en el gorriilo un par de billetes de cinco áureos.

—Nunca he oído cantar a nadie como tú —dijo la mujer.

Ardax la miró fijamente. No la conocía, pero en aquel instante presintió que tenía ante sí a la cruel y hermosa capitana de las Amazonas del espacio.

* * *

Era alta, de formas arrogantes y labios, sensuales. Ardax se dio cuenta de que Issona era consciente de su hermosura y procuraba realzarla, no sólo con aquel original uniforme, sino con el menor de sus gestos.

—Tal vez hoy estuve mejor que otras noches, porque te presentía —contestó galantemente—. ¿Quién eres, señora?

—Llámame Issona. Esta es Thasia, mi amiga.

Ardax se inclinó. Thasia era algo más baja, pero también muy hermosa, de facciones algo más suaves que las de Issona y con el pelo pajizo.

—Es un honor —dijo.

—Me han gustado tus canciones, trovador —aseguró Issona—. Pero me gustaría hacerte una pregunta.

—Soy tu obediente servidor, señora.

—¿Cantas en privado?

Ardax sonrió débilmente.

—¿Para las dos? —preguntó.

—Sólo para ella —dijo Thasia con una risita.

—Eso quise decir —añadió Issona—. ¿Cuánto es tu precio por un recital privado?

—Cuando se trata de una mujer como tú, exijo un precio muy alto.

—Bien, dímelo; si puedo pagarlo, te llamaré...

—En tu caso, me conformo con contemplarte mientras canto.

Issona sonrió de un modo extraño.

—Voy a visitar a un conocido —dijo—. Aunque no lo creas, soy una mujer de negocios. Ven a mi alojamiento dentro de dos horas. Estaré aguardándote.

—Iré —prometió Ardax.

Issona le facilitó su dirección. Luego se alejó, seguida de su acompañante.

Ardax las siguió con la mirada. Issona y Thasia se reunieron con Ki-Zho en un ángulo de la taberna. Luego desaparecieron rumbo a uno de los reservados.

El trovador volvió a cantar. Mientras, Issona y Thasia, con Ki-Zho, discutían la situación en el reservado.

—Hay que hacer algo —dijo Ki-Zho—. De lo contrario, el negocio de la venta de hubots se irá a la bancarrota.

Issona conocía ya lo sucedido y aparecía muy pensativa.

—Vitinius cometió una terrible imprudencia al actuar por su cuenta —dijo—. Claro que la culpa también es mía, por haberle revelado lo de las bombas.

—Pero en Hathagor-3 explotaron veinticinco hubots —dijo Ki-Zho.

—Tenía que hacerlo —respondió Issona secamente—. Lo que no me explico es cómo pudo salvarse Ignus.

—Es un tipo muy listo, no hay otra explicación.

—Nadie hay más listo que yo —declaró Issona con suficiencia—. Pudo salvarse en esa ocasión, pero no cuando yo actúe directamente. Ki-Zho, no se te habrá ocurrido denunciar al ex coronel Ardax.

—Esperaba tus órdenes —contestó el interpelado.

—Bien, mis órdenes consisten en que dejes el asunto de mi cuenta. ¿Entendido?

—Sí, señora. Pero, ¿qué hay de ese tipo que anda propagando por todas partes lo ocurrido en H-3?

—Lo dejo para ti, Ki-Zho.

Issona se puso en pie.

—Tengo que irme. He de estar preparada para la entrevista con el valeroso e inteligente coronel Ardax, ahora Ignus, el trovador. Te veré mañana, Thasia.

—Está bien —contestó la teniente.

Issona se dispuso a salir. De pronto, pareció recordar algo.

—Me has hablado también de Vriola, la viuda de Jashar —dijo.

—Sí, está aquí...

Una extraña sonrisa apareció en los labios de Issona.

—Vriola cambiará de parecer bien pronto, cuando se haya convertido en una de mis Amazonas.

Ki-Zho se marchó a poco. Intentó conquistar a Thasia, pero la mujer se mantuvo fría y desdeñosa. Ki-Zho se dijo que había otras más asequibles.

* * *

Con paso inseguro, Dussor se dirigía a su alojamiento, lleno de aprensiones por lo que había sucedido en la taberna. En medio de las nubes alcohólicas en las que flotaba su cerebro, conservaba todavía la suficiente serenidad para decirse que debía emprender el regreso al satélite lo antes posible.

Si se pensaba un poco, la hermosa Duwa no le miraba con malos ojos. Y allí, en la capital, no podría conquistarla. Se volvería cuanto antes a Hathagor-3 y...

Dussor caminaba sin darse cuenta de que unos ojos vigilantes seguían todos sus pasos. Ni siquiera se apercibió del momento en que una pistola de energía apuntaba a su espalda.

Era un tiro fácil, pensó Ki-Zho. Un segundo más tarde, y el borracho locuaz no sería más que un poco de humo...

De pronto, algo muy duro cayó sobre su cráneo. Ki— Zho vio un millón de estrellas durante una fracción de segundo y luego todo se hizo negro para él.

Dussor oyó el ruido y se volvió.

—Sigue —ordenó Ardax.

Dussor reconoció la voz. Vio el bulto caído en el suelo y sintió un escalofrío.

—Lárgate cuanto antes a Hathagor-3 —añadió el joven.

—Sí, sí...

Dussor no se hizo repetir la indicación. Echó a correr y desapareció entre las sombras de la noche.

Mientras, Ardax registraba al caído. Un momento más tarde, continuaba su camino. Ki-Zho despertaría mucho más tarde, sin saber qué le había sucedido.

Pero al encontrarse los bolsillos vacíos, pensaría que había sido atacado por un ladrón. Ardax sonrió al acariciar con la mano el puñado de billetes que habían cambiado de dueño.

Mientras, Thasia, la teniente de Isona, se retiraba a su alojamiento. De repente, algo se ciñó a su cuello con brutal presión.

Thasia forcejeó para soltarse el lazo, pero perdió el conocimiento a los pocos instantes. Una vez caída en el suelo, su atacante se inclinó sobre ella y la contempló atentamente.

Instantes después, Selene se irguió y emitió un suave silbido. Una sombra apareció casi en el acto.

—Señora...

—Iako, supongo que tus circuitos robóticos no incluyen la prohibición de llevar en brazos a un humano —dijo Selene.

—Por supuesto, señora.

El robot alzó en brazos a la desvanecida amazona.

—¿Adónde hay que llevarla, señora? —preguntó.

—A la nave —respondió Selene con firme acento.

CAPÍTULO XI

La habitación estaba sumida en una suave penumbra. Cuando se abrió la puerta, Ardax vio una esbelta silueta de mujer. Unos segundos más tarde, se dio cuenta de que había una gran cantidad de velos de color rosado que envolvían el que estimó como cuerpo de diosa.

—Has sido puntual —dijo Issona, sonriendo cálidamente.

—Nunca me retraso cuando tengo una cita con una mujer hermosa —respondió él.

Issona le dirigió una mirada crítica.

—Cuando acudes a una cita como ésta, ¿llevas siempre la espada? —preguntó.

—Jamás la emplearía contra una mujer. Pero las calles de la ciudad, a estas horas, no son muy seguras. Incluso un pobre trovador puede resultar la tentación para un ladrón con los bolsillos vacíos.

—Ganas bastante dinero, en efecto. ¿Te gusta esa clase de vida?

—Me divierte. No me sujeto a nada ni a nadie. Voy y vengo cómo, adonde y cuando me place, enteramente libre, dueño de mí mismo.

—Una respuesta enteramente satisfactoria —apreció Issona—. ¿Puedo invitarte a una copa de vino?

Ardax se desciñó la espada y descolgó la guitarra de su espalda.

—¿Hay mejor combinación —dijo, acercándose a Issona—, que una copa de vino, una canción y unos rojos labios de mujer?

Ella rió suavemente. Ya tenía llenos dos cuencos de vino. Ofreció uno a su huésped. En todo momento, Ardax se dio cuenta de que Issona procuraba situarse a contraluz.

Cogió el cuenco con ambas manos. Era un recipiente hecho de una materia vítrea, muy pulida, de un color verde oscuro, pero transparente. El vino despedía un perfume exquisito.

—Por ti —dijo.

Issona sonrió. Tomó su cuenco también, pero apenas si se humedeció los labios. Ardax, en cambio, bebió un largo trago.

—El mejor vino que he bebido en mi vida —dijo a continuación.

—Debe de ser porque te lo he servido yo.

—No cabe la menor duda. —Ardax vació el cuenco y lo dejó sobre la mesa—. Bien, ahora pagaré la invitación con una balada...

Issona alzó la mano.

—Aguarda —rogó—. Antes de que empieces a cantar, quiero decirte algo.

—Tú me mandas, señora.

Issona se sentó lánguidamente en un diván.

—Acércate —dijo.

Ardax obedeció. El perfume que ella usaba era muy intenso. Sus ojos lucían fosforescentemente.

—Eres trovador. Viajas por todos los planetas de la Galaxia.

—Sí, es cierto.

—Un hombre como tú me convendría para mi negocio. Podría recoger valiosos informes, conocer a personas de elevada calidad, estudiar a las gentes y buscar nuevos mercados para mi... mercancía.

—¿Cuál es tu mercancía?

—Hubots. ¿Sabes lo que es un hubot?

—Sí, lo he oído en más de una ocasión.

—Es una mercancía que cada vez adquiere más valor. Pienso subir los precios. La demanda es extraordinaria.

—Me lo imagino. Mejores que un robot y con mayor capacidad de discernimiento.

—Y todavía con mayor fortaleza física. Pero, sobre todo, el hubot posee una gran ventaja sobre el robot.

—¿Cuál es esa ventaja?

—Un robot no atacará a un ser humano, ni aunque sea en defensa de su dueño, incluso si éste es atacado injustamente. El hubot sí puede ser agresivo.

—Vamos, una especie de guardaespaldas.

—En caso necesario, sí.

—¿Tienes muchos hubots en venta?

—Dentro de tres meses, dispondré de unos ciento veinte.

—Los últimos se vendieron a una media de quince mil áureos. Esos

ciento veinte te representarán casi dos millones de mil áureos.

—Tengo muchos gastos. La ganancia no es tan alta como crees.

—Aunque sólo ganes mil áureos por hubot...

—Quiero ganar más. El doble. Pero necesito buenos y fieles colaboradores. Bien pagados, por supuesto.

—¿Puedo ser yo uno de esos colaboradores?

Issona sonrió.

—Inténtalo —dijo.

Ardax se inclinó hacia ella.

—Me gustaría ser algo más que un simple colaborador —murmuró ardientemente.

Abrazó a la mujer y buscó sus labios. Por un momento, le pareció que Issona iba a dejarse llevar por el hechizo del momento. Pero, de súbito, ella deshizo el abrazo y se puso en pie, violentamente alterada.

—¡No, ahora no! —exclamó, con el pecho visiblemente agitado por espasmódicas palpitaciones. Se pasó una mano por la frente—. Dispénsame, Ignus, no he podido contenerme...

—No tengo nada que dispensarte; si acaso, tú a mí... porque yo tampoco he podido contenerme al sentirme junto a una mujer tan bella.

Issona sonrió, halagada.

—Eres terrible —dijo.

Y llenó otra vez el cuenco de Ardax.

—Bebe —invitó.

Ardax vació el cuenco. Los ojos de Issona parecieron convertirse de pronto en sendas brasas de fuego verde.

—Ignus, ¿te gustaría conocer mi fábrica de hubots? —preguntó ella.

—Si voy a ser tu colaborador, resultaría interesante —contestó Ardax.

Issona avanzó hacia él y rodeó su cuello con los brazos.

—Vendrás conmigo a Smahán —murmuró.

Ardax atrajo a la mujer hacia sí. Las pupilas de Issona parecían cada vez mayores; a cada segundo que transcurría daban la sensación de convertirse en dos inmensos estanques llenos de una hirviente lava verde, que le atraía irresistiblemente.

Los dos estanques se fundieron en uno solo. Entonces, Ardax se sumergió en aquel líquido abrasador.

El trovador descansaba sobre un diván, profundamente dormido. Issona lo contempló, con una sonrisa de triunfo en los labios.

—Ya eres mío —murmuró.

Estaba segura de que Ardax tardaría mucho en despertar. Tranquila al respecto, se acercó al videófono, dio el contacto y marcó un número.

No obtuvo respuesta. Después de unos minutos de espera, cortó la comunicación y pasó al dormitorio, en donde se cambió de ropa velozmente.

Poco después, salía de su alojamiento. Thasia se hospedaba en una habitación contigua, pero, con gran sorpresa por su parte, la encontró vacía.

—¿Dónde diablos se habrá metido esa estúpida? —masculló.

Pero no podía perder tiempo. Sólo deseaba que Thasia no se hubiera embarcado en alguna aventura peligrosa, que pudiera arruinar un negocio montado desde hacía años con pleno éxito.

Sin preocuparse en absoluto de su teniente, Issona abandonó su alojamiento. Caminó con paso rápido y, un cuarto de hora más tarde, llegaba a un hotel mucho más modesto, en el que entró sin preocuparse de ser vista.

Momentos más tarde, abría una puerta cautelosamente. En la penumbra de la habitación, divisó la figura de una persona durmiendo en su lecho.

Issona se acercó a la cama y encendió la luz. Vriola se despertó sobresaltada.

—¿Eh? ¿Quién...?

—Levántate inmediatamente —ordenó Issona.

Vriola se sentó en la cama. Despierta ya, reconoció a la mujer y quiso echar mano a la pistola lanzadardos que tenía bajo la almohada, pero Issona fue más rápida y la sacó de la cama, tirando de su pelo desconsideradamente.

La joven chilló. Issona, implacable, la pateó en los costados, hasta dejarla sin aliento.

—Vístete, maldita.

Vriola había perdido ya la iniciativa. Lentamente, con los ojos bañados en lágrimas, se puso en pie y empezó a vestirse. Issona tenía en la mano una pistola de energía.

—Escucha lo que voy a decirte —exclamó la capitana de las Amazonas—. Vamos a salir de aquí. Tú vendrás conmigo con aspecto normal, sin alterarte ni mucho menos gritar para llamar la atención. Si

haces el menor gesto sospechoso, te convertiré en humo.

Vriola la miró fijamente.

—Y luego me convertirás en un hubot —dijo—. Como a mi marido...

Issona lanzó una agria risotada.

—En mi banda se necesitan mujeres jóvenes y atractivas —contestó—. Dentro de poco, tú serás también una amazona del espacio. —Sus ojos fulguraron de pronto—. Y capturaremos a los hombres para convertirlos en hubots y venderlos en el mercado.

Vriola fue a decir algo, pero prefirió callarse. Terminó de vestirse y caminó hacia la puerta.

Issona se situó a su lado.

—Recuerda lo que te he dicho: una sola voz, un gesto sospechoso y ya no serás más que un poco de humo —murmuró, a la vez que apoyaba la pistola de energía en su costado.

Cuando salían del edificio, Issona no pudo contener una frase malhumorada.

—Sólo espero que esa estúpida de Thasia haya vuelto ya a su alojamiento.

CAPÍTULO XII

En aquellos momentos, una mujer pasaba por delante del camarote donde dormía la única ocupante de la astronave.

Iako, el robot, permanecía inmóvil junto a la entrada.

—No me impedirás salir —dijo la mujer.

—¿Puede un robot prohibirle algo a un humano? Lo único que le está permitido es dar consejos y el humano debe decidir por sí si debe aceptarlos o no.

La mujer sonrió.

—Es una sana filosofía —dijo—. Adiós, máquina.

Iako no contestó. Ella saltó al suelo y echó a correr hacia la ciudad.

Una hora más tarde, entraba en el hotel. Cuando iba a llegar a su alojamiento, vio a Issona que se asomaba a la puerta de su habitación.

—¿De dónde diablos vienes? —preguntó.

—He estado por ahí —contestó Thasia ambiguamente—. Tú no me dijiste nada...

—Pero sabías que yo estaría en mis habitaciones.

—Lo siento; no se me ocurrió pensar... ¿Vino el trovador?

Issona sonrió.

—Entra —dijo.

Thasia cruzó el umbral. Respingó al ver a Ardax dormido en el diván y a Vriola sentada en un sillón, atada de pies y manos y con la boca amordazada.

—¿Qué te propones, Issona? —preguntó.

—Tendré un trovador hubot —rió la aludida—. Será maravilloso, ¿no crees?

—¿Y ella?

—Hace poco tuvimos dos bajas en la banda. Vriola suplirá a una de

las muertas.

—No está mal pensado —convino Thasia—. Pero debieras hacer otra cosa más.

—Si merece la pena...

—El trovador posee un robot. Es inteligentísimo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Isona, admirada.

Thasia lanzó una risita.

—No he pasado la noche en devaneos —contestó.

—Ah, comprendo, ¿sabes dónde está el robot?

—Sí.

—Ve a buscarlo. En cuanto vuelvas, zarparemos hacia Smahán.

—De acuerdo.

Thasia se dispuso a salir, pero cuando ya abría la puerta, Isona le formuló una pregunta:

—El trovador tiene esposa. ¿Dónde está?

Thasia volvió a reír.

—Ya no está... en ninguna parte —contestó—. Quiso atacarme, pero no contó con que la víctima no se dejaría matar fácilmente.

—Entiendo. ¿Humo?

—Ya no es ni eso siquiera —contestó Thasia.

—Anda, date prisa; tengo ganas de zarpar cuanto antes.

—Volveré antes de que amanezca —prometió la teniente.

* * *

Ardax despertó con la cabeza embotada y tardó un buen rato en darse cuenta del lugar en que se hallaba. Con cierta torpeza, abandonó la litera y pasó al pequeño cuarto de baño contiguo, en donde, por medio de una larga ducha de agua fría, consiguió recobrar su aspecto normal.

Envuelto hasta la cintura en una toalla, volvió al camarote. Entonces vio que había alguien aguardándole.

—¡Isona! —exclamó.

—Hola —sonrió la mujer—. ¿Te sorprende hallarte a bordo de una astronave?

—No demasiado. He podido darme cuenta de que tu excelente vino estaba drogado.

—Así es —confirmó Isona, que vestía de nuevo su uniforme habitual—. Y, sin duda, querrás saber por qué lo he hecho.

—Si tienes la bondad de explicarte...

—Por supuesto. Vas a ser un hubot.

Ardax se estremeció ligeramente.

—Ah, uno de esos seres con cabeza humana y cuerpo de robot —dijo.

—Sí —confirmó Isona, impasible.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Por dos razones. Una de ellas es... bueno, tengo el capricho de poseer un hubot trovador. Un ejemplar excepcional, si se me permite decirlo.

—Una mujer como tú, puede permitirse ese capricho y mucho más. Pero todavía no me has dicho cuál es el otro motivo que te impulsa a convertirme en un hubot.

—Lo sabrás cuando se haya efectuado la transformación. Tendrás que aguardar hasta entonces.

—No tengo prisa. Pero lo que has dicho me hace deducir una cosa: viajamos hacia Smahán, tu base secreta.

—Exactamente.

—Creo que no has dicho de un modo completo las razones por las cuales quieres convertirme en un hubot. Debieras haber mencionado también a Vriola.

—Oh, sí, lo había olvidado. Ella te contrató para que destruyeras mi organización. Fuiste famoso en tiempos. Ahora eres un proscrito, coronel Ardax.

Las cejas del joven se alzaron en un gesto de sorpresa.

—Me conoces —dijo.

—Tengo un fichero completísimo de todas las personas que han alcanzado notoriedad por una causa u otra, como también de las que ocupan cargos importantes en los distintos gobiernos de los planetas. Puedes comprender que esas personas no serán nunca hubots; el asunto podría crearme problemas.

—Conmigo, no los tendrás.

—Claro. ¿Quién se iba a quejar de que un proscrito que ha quebrantado su condena de destierro perpetuo haya sido convertido en un hubot? En todo caso, me darán las gracias... y veinticinco mil áureos.

—Sí, es probable. ¿Qué ha pasado con Vriola?

—Está a bordo. Será una de mis Amazonas.

—Suponiendo que no se niegue...

—Acabaré por convencerla, no te preocupes. Bien te voy a dejar; quiero revisar el programa de vuelo. Lamento tenerte encerrado hasta la llegada, pero no me queda otro remedio.

—No te preocupes por mí —dijo Ardax con acento intrascendente—. Lo único que lamento es no haberte conocido antes.

Ella sonrió de un modo extraño.

—Soy muy fuerte para las tentaciones —contestó.

Y ya abría la puerta, cuando Ardax le hizo una pregunta:

—¿Qué ha sido de Selene?

—Olvídala. Un viudo debe tratar de olvidar a su esposa difunta.

Las facciones de Ardax se crisparon. Issona lanzó una estruendosa carcajada.

—Olvídala —añadió burlonamente—. No era más hermosa que yo, ni siquiera que Vriola. Cualquiera de las dos somos más bellas que Selene... delgada, ojos de vaca, pelo de rata...

Issona volvió a reír. Ardax quedó solo.

Se acercó a la lucerna. El negro espacio aparecía ante él, perforado por millones de puntos luminosos.

Una frase vino a su memoria. La había pronunciado Iako, el robot.

Para ganar, tenía que procurar que el cálculo de probabilidades estuviese en un cincuenta y uno por ciento a su favor. Hasta entonces, era de un cuarenta y nueve por ciento solamente.

¿Dónde estaban los puntos que le faltaban para lograr que se realizase la inversión de fuerzas?

* * *

La astronave orbitó en espiral alrededor de un cuerpo celeste, acercándose más a cada vuelta, hasta que estuvo en condiciones de aterrizaje. Ardax no se había movido en absoluto de su encierro mientras duró el viaje.

De modo que aquel astro era Smahán. Una lástima, ignoraba su posición en el espacio. Pero tampoco era un lugar demasiado atractivo.

Ardax vio una extensísima llanura, de color ocre, sin plantas, que se perdía en el infinito. Smahán, sin embargo, no era muy grande, un asteroide de cuatrocientos o quinientos kilómetros de diámetro, como máximo.

A lo lejos apareció de pronto una mancha verde, que se acercaba

rápídamamente. Pronto pudo ver Ardax que se trataba de una especie de oasis, de varias decenas de kilómetros cuadrados. Los árboles eran muy numerosos y ninguno bajaba de los veinte metros de altura.

La nave tomó tierra en el borde del oasis. Ardax entrevió algunas edificaciones, pero no tuvo tiempo de seguir su contemplación, porque la puerta se abrió y una amazona apareció ante sus ojos.

—Sal —ordenó Thasia, la teniente de Isona.

Ardax caminó hacia la puerta. Thasia tenía la mano constantemente en la culata de su pistola.

Isona y Vriola se hallaban en la escotilla. Ardax se percató de que Vriola tenía las manos casi juntas, por delante del cuerpo.

—¡Quieren que sea una amazona! —se lamentó la joven.

—Pirateará con nosotras —dijo Isona cínicamente—. Alarga las manos, coronel.

Ardax obedeció. Isona le puso sendos círculos de metal en torno a las muñecas, que se juntaron casi en el acto.

—Esposas electromagnéticas —explicó la capitana—. No intentes quitártelas; puedo enviarte una descarga que te electrocutaría en el acto.

—Pienso si eso no sería mejor suerte que la de acabar convertido en hubot —dijo Ardax muy serio.

Isona sonrió enigmáticamente.

—Quizá tu suerte no sea tan mala como eras —contestó—. ¡Vamos!

Descendieron por la escalera. Isona iba en primer lugar y Thasia los escoltaba. Ardax y Vriola caminaban emparejados.

Ardax se dio cuenta de un detalle, al que no concedió importancia en aquellos momentos. Isona y Vriola tenían la misma estatura y una configuración anatómica muy semejante. Parecían calcadas del mismo molde, excepto por el color del pelo y los ropajes.

Entraron en el oasis. El calor se atenuó gracias a la sombra de los árboles. Isona se volvió de pronto hacia Ardax.

—Tenemos una máquina productora de agua —dijo—. Smahán es completamente seco, pero nosotras conseguimos hacerlo habitable. No fue cosa de un día, ciertamente, aunque el resultado obtenido es magnífico, como puedes apreciar.

—En las rocas hay hidrógeno y oxígeno —contestó él.

—Justamente. La máquina extrae los componentes básicos del agua, por descomposición en sus elementos primarios, y luego... Bueno, ya sabes, dos partes de hidrógeno, una de oxígeno y una chispa eléctrica.

—Una excelente idea. Pero los árboles...

—Crecimiento rápido, mediante ultrarradiaciones. No fue difícil, una vez conseguido lo principal, que era el agua.

—Y, después, claro, vino la idea de piratear en el espacio, para conseguir humanos que serían transformados en hubots.

—Siempre he sido muy lista, coronel. Es más, creo que pronto tendrás ocasión de saberlo.

Continuaron caminando. De pronto, llegaron a una especie de *bungalow* de grandes dimensiones. Un hombre apareció en la puerta y descendió las escaleras de la terraza inferior, para salir al encuentro de los recién llegados.

Era un hombre de unos cincuenta años, de mediana estatura, ligeramente obeso y de mirada perspicaz, con la que captó en unos segundos todos los detalles de los prisioneros.

—Dos buenas piezas, Isona —dijo.

La capitana sonrió.

—Así es, doctor Whardyl —contestó—. Te presento a Vriola de Bjar y al ex coronel Ardax.

Whardyl miró especulativamente a los nombrados.

—Creo que ella servirá —dijo, refiriéndose a la joven.

—Es lo que pensé casi desde el primer momento. Y digo casi, porque en un principio no me di cuenta de que Vriola era, justamente, la pieza que estábamos buscando.

CAPÍTULO XIII

Vriola sintió una terrible angustia al oír aquellas palabras,

—¿Qué es lo que van a hacer conmigo? —gritó.

Issona hizo un gesto con la cabeza.

—Enciérrala, Thasia —ordenó.

La teniente empujó a Vriola sin ninguna consideración. Ardax quedó con Issona y el doctor Whardyl.

—Ven con nosotros —dijo ella a continuación.

Adax caminó sin rechistar y entró en la casa. Estaba lujosamente decorada. A través de un gran ventanal, divisó una serie de barracones, cuyas ventanas, muy pequeñas, tenían forma circular. Los materiales de construcción de aquellos edificios eran terriblemente sólidos,

Cárceles para los prisioneros que han de ser convertidos en hubots, pensó.

Issona llenó dos copas de vino y las ofreció a los hombres.

—Bebe, coronel —sonrió.

Ardax se acercó la copa a los labios.

—¿También está drogado? —preguntó.

—Oh, no, ya no necesito drogar el vino. A fin de cuentas, estás en Smahán.

—Y el doctor Whardyl va a ser quien me transforme en hubot.

—Así será, amiguito —contestó el aludido.

—¿Es usted también un hubot?

Whardyl respingó.

—¡Insolente! —exclamó.

Issona se echó a reír.

—No se lo reproche, doctor —dijo—. A fin de cuentas, el prisionero tiene derecho a conocer la verdad. Sí, Whardyl es también un hubot.

—El autor de la idea de fabricar un semihombre, ¿no?

—Sí —respondió hoscamente el interpelado—. Tú serás un buen ejemplar, probablemente, el mejor ejemplar salido de mi laboratorio.

—¿Duele?

Issona rió de nuevo.

—El coronel tiene un espléndido sentido del humor —exclamó—. No, no duele. Un día te duermes y otro te despiertas... y ya eres un hubot.

Whardyl dejó su copa a un lado.

—Bueno, me marcho —refunfuñó—. Tengo trabajo; en los últimos tipos que llegaron hay algunos realmente defectuosos.

—Tírelos a la basura —dijo Issona despectivamente.

—Algo así habrá que hacer —convino Whardyl.

Y se dirigió hacia la puerta. Issona le llamó de pronto.

—Doctor, inicie cuanto antes los análisis preliminares de la prisionera Vriola —dijo—. Tengo interés por conocer el resultado.

—Descuida.

Ardax e Issona quedaron a solas. Ardax llenó su copa nuevamente, aunque con ciertas dificultades, debido a que tenía las manos esposadas.

—Quiero hacerte una pregunta, Issona —dijo de pronto.

—Por supuesto —accedió ella.

—¿Eres un hubot?

Sonó una risita. Issona se apoyó en la mesa, en una postura deliberadamente buscada para hacer resaltar las curvas de su anatomía.

—Mírame bien, coronel —dijo—. ¿Crees que yo puedo ser un hubot?

* * *

Habían transcurrido dos días desde su llegada. Ardax había sido alojado en una habitación que era, en realidad, una celda carcelaria, aunque lujosamente amueblada, con baño individual. Los cristales de las ventanas eran absolutamente irrompibles. En todo aquel tiempo, no había vuelto a ver a Vriola ni sabía dónde podía hallarse.

De pronto, oyó una voz que sonaba a través del muro:

—Junta las muñecas; vamos a traerte la comida.

Ardax obedeció, resignado. Cada vez que las Amazonas tenían que entrar o salir en su habitación, restablecían la corriente que unía las argollas de acero por electromagnetismo. El resto del día tenía las

manos libres.

Una amazona entró, empujando un carrito con la comida. Era joven, rubia y, como todas, espléndidamente conformada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ardax de pronto.

—Dhala —contestó la joven.

—¿Te gusta este oficio?

—¿Sería una amazona si no me gustase?

—Yo creía que a los hubots no les agradaba piratear por el espacio.

—¡No soy un hubot! —contestó Dhala con voz crispada.

—Lo siento, no quise molestarte. Oye, ¿por qué no me acompañas a comer? Hay alimentos de sobra para dos personas...

—No quiero comer —dijo Dhala hoscamente.

Y salió, dando un portazo, pero no se marchó tan aprisa que no escuchase una ruidosa carcajada del prisionero.

Issona vino poco después. Estaba furiosa.

—No quiero que hagas preguntas indiscretas a mis chicas, ¿estamos?

Ardax se encogió de hombros.

—Si Dhala no era un hubot, ¿por qué tuvo que enfadarse? ¿No quieres tomar una copa de vino conmigo?

—No.

Issona se dispuso a salir. Ardax la llamó:

—Aguarda un momento.

Ella se volvió y le miró críticamente.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Dicen que soy un hombre atractivo. Me gustaría comprobar si es cierto.

—¿A mi costa?

Ardax sonrió.

—Eres terriblemente hermosa —elogió.

Issona entornó los párpados.

—No tengas prisa —murmuró—. Todo llegará, coronel.

Salió y cerró la puerta. Ardax sintió que cesaba la unión entre las esposas y se acercó a la mesa, sonriendo satisfecho.

De pronto, oyó voces en la sala contigua.

Asombrado, se volvió. Alguien había dejado abierto el interfono por el que le ordenaban unir las manos cuando iban a entrar en su habitación.

—Los análisis están listos —dijo Whardyl.

—¿Cuándo empezamos, doctor? —inquirió Issona.

—Cuando lo desees.

—¿Mañana?

—De acuerdo. Pero con una condición.

—¿Sí?

—Ardax será para mí —pidió Whardyl.

—¡No! tiene otros muchos. Elija otro. Ardax es mío.

La voz de Issona sonaba con violencia, llena de cólera ante la petición formulada por el científico.

—Está bien, no te enojés; buscaré otro —se resignó.

—De acuerdo.

Las voces cesaron. Ardax se tendió en su cama, profundamente preocupado.

¿Dónde estaba el dos por ciento que debía conseguir para que la balanza se inclinase a su favor?

* * *

Dormía profundamente, cuando unos brazos suaves y cálidos rodearon su cuerpo. Una boca de labios ardientes buscó la suya.

Ardax intentó incorporarse, pero Issona no se lo permitió.

—Sigue, sigue así —murmuró—. No te muevas, amor mío.

—Pero...

—He venido a despedirme de ti —dijo ella con voz cálida—. La separación, sin embargo, no durará demasiado.

—¿Vas a emprender otra expedición para capturar más prisioneros?

—No hagas preguntas, querido. La separación será más corta de lo que crees... Nos aguarda una vida de felicidad cuando nos reunamos de nuevo...

Issona volvió a besarle. Luego se marchó sin hacer ruido.

Ardax se incorporó sobre un codo. Estuvo unos momentos así, pero, de repente, oyó un leve siseo en la ventana.

Miró en aquella dirección. Al otro lado del cristal se divisaba una llamita azulada, de forma alargada. Ardax comprendió en seguida su origen.

Saltó de la cama. La ventana quedaba escasamente a metro y medio del suelo. Alguien quemaba el cristal con la ayuda de un poderoso soplete.

Ardax divisó los cabellos de una mujer. Ella había colocado previamente una gran ventosa en el círculo que trazaba con su soplete y que no medía menos de un metro de diámetro. El borde inferior del círculo rozaba el antepecho de la ventana.

De pronto, la mujer tiró de la ventosa. El círculo de vidrio, de bordes al rojo, se separó sin dificultad.

—Hola —dijo ella.

Ardax se arrodilló en el suelo.

—Tengo ganas de darte un beso —murmuró.

—Cuidado, el cristal quema todavía. Espera unos momentos.

—El que arde soy yo, pero de impaciencia. ¿Estoy soñando?

Ella rió suavemente.

—Debería darte un par de buenas bofetadas, sátiro —dijo—. Has permitido que esa furcia...

—No es una mujer completa, Selene.

—Lo sé —contestó ella, gravemente.

Ardax tocó el vidrio. Ya estaba frío.

Instantes después, saltaba al otro lado. Alargó los brazos y estrechó fuertemente a la joven. Selene le besó con ansia.

—Ya no podemos esperar demasiado —dijo ella instantes después.

—Lo sé. ¿Por dónde empezamos?

—Whardyl.

—Es lo mejor, en efecto.

Ardax agarró a Selene por un brazo. Ella le guió con absoluta seguridad entre las edificaciones, hasta llegar a una casa aislada, a oscuras, ante cuya puerta se detuvo un instante.

Selene manipuló en la cerradura. Segundos después, el paso quedaba franco.

Ella avanzó en cabeza. Su pistola de energía había pasado ya a poder de Ardax.

Una luz se encendió a los pocos segundos. Torpemente, todavía medio, dormido, Whardyl se incorporó en la cama.

—Eh, ¿quién anda...? —De pronto, reconoció a la joven—. Thasia, ¿qué significa esto?

Selene meneó la cabeza.

—No soy Thasia, doctor —contradijo.

—Es mi esposa —añadió Ardax.

CAPÍTULO XIV

Los ojos de Whardyl amenazaban con salirse de sus órbitas.

—Pero... eso es imposible... Ella...

—Sólo tiene el aspecto de Thasia —dijo Ardax—. Thasia está a buen recaudo.

—No entiendo. ¿Por qué hacen esto? —preguntó Whardyl.

—Para impedir que sigan cometiendo más crímenes, para evitar que muchos desdichados pierdan su condición humana y sean transformados en hubots.

Whardyl meneó la cabeza.

—No veo cómo conseguirán impedirlo —dijo.

—Lo sabrá muy pronto. Vístase —ordenó Ardax.

—¿Delante de una dama?

—Usted es un hubot, doctor —acusó Selene.

Whardyl apretó los labios.

—De modo que lo han descubierto —dijo.

—Sí. ¿Por qué lo hace? —exclamó Ardax—. ¿Por odio a la humanidad?

—Usted no lo comprendería ni aunque viviese mil años —contestó Whardyl despectivamente, a la vez que apartaba a un lado las ropas de la cama—. La ciencia debe de estar por encima de todo, incluso sobre las consideraciones personales, políticas, sociales...

—En eso está completamente equivocado, doctor. La vida de un ser humano sí está por encima de cualquier otra consideración, pero si usted asegura que no le entendemos, ¿cómo va a entendernos a nosotros?

Whardyl se puso un mono de tejido ligero y miró a los intrusos.

—Está bien. ¿Adónde vamos ahora? —preguntó.

—Llévenos al lugar donde se encuentra Vitola de Bjar —indicó Ardax.

—Un momento, Alan —exclamó Selene—. Doctor, ¿dónde están los últimos seres humanos capturados?

—Ya no se puede hacer nada por ellos. Están en pleno proceso de conversión.

Ardax se estremeció.

—Quisiera que fuese un hombre para... ¡Vamos, camine! —dijo, dominando difícilmente la ira que sentía.

Salieron de la casa. Whardyl les condujo a un gran edificio de una sola planta, situada a un centenar de metros de distancia.

—Ahora ya sé dónde está Smahán —dijo Selene—. Es el duodécimo satélite de Hathagor, el único que no ha sido poblado, precisamente para que Issona pudiera llevar a cabo sus proyectos.

—Con la anuencia de Karmon, el Protector.

—Por lo menos, bajo su tolerancia.

Whardyl abrió la puerta. Cruzaron el umbral y entonces se encontraron ante un espectáculo insospechado, aterrador, espeluznante.

* * *

Había más de cien cabezas humanas, sin sus cuerpos, situadas bajo sendas campanas de vidrio, con los cuellos apoyados en una especie de cojín semilíquido, del que, en ocasiones, se desprendían volutas de humo. Era una hilera impresionante que ocupaba todo un lado de la enorme estancia, en una longitud de casi cien metros.

Las campanas de cristal se hallaban sobre una especie de estante y de cada una de ellas partía una serie de cables de distinto color, que iban a parar a una enorme máquina central, que Ardax supuso productora no sólo de la sangre que necesitaban aquellos cerebros, sino también del oxígeno y otras materias que las mantenían en vida, aun después de separadas de sus cuerpos. La temperatura alcanzaba los veinticinco grados y había un cierto grado de humedad, fácilmente perceptible.

—¿Dónde están los cuerpos mecánicos? —preguntó Ardax.

—En otro departamento —respondió Whardyl—. Todavía no están terminados.

—Y cuando lo estén, las cabezas serán unidas a esos cuerpos —dijo Selene.

—Exacto.

—Doctor, sospecho que la mente de un hubot está acondicionada en cierto modo. ¿Me equivoco?

—No. Se le hace olvidar todo su pasado, digamos familiar, pero no los conocimientos técnicos o científicos que hayan podido adquirir. Naturalmente, es una precaución...

—Como la de la bomba.

—Claro.

—¿Lleva usted también la bomba en su cuerpo mecánico, doctor?

Whardyl se volvió hacia el joven y le miró de arriba a abajo.

—¿Me cree tan tonto? —respondió despectivamente.

—De modo que la bomba es sólo para los hubots que venden, ¿eh?

—Mera precaución, como puede comprender.

—Sí, desde luego. Vamos, camine; quiero llegar cuanto antes al lugar en que está Vriola.

Whardyl reanudó la marcha. Al final del inacabable laboratorio había una puerta, que abrió sin vacilar.

Vriola estaba allí, sobre un cómodo lecho que parecía forrado de terciopelo rojo, bajo una campana de cristal de forma alargada. Ardax respiró aliviado al ver que la joven no había sufrido todavía ninguna mutilación en su organismo.

—Está completa —dijo.

—Sí —convino Whardyl—. De momento, iniciamos el tratamiento tendente a la separación de su cabeza sin daño...

—Tengo la sensación de que este caso va a tener ciertas diferencias con los otros, ¿no es cierto?

Whardyl respingó.

—¿Cómo lo sabe? —gritó.

—Yo dejé abierto el intercomunicador de la habitación que ocupaba mi esposo —dijo Selene.

—Entonces, él nos oyó hablar a Isona y a mí...

—Sí, doctor —confirmó Ardax—. Pero las cosas van a ser muy diferentes de a como las habían planeado. ¡Despierte a Vriola inmediatamente!

Whardyl se cruzó de brazos.

—No —contestó.

Ardax le apuntó con la pistola de energía.

—Doctor, usted no ha medido aún del todo la gravedad de su

situación —dijo—. En estos momentos, no es más que un cráneo humano unido a un cuerpo mecánico. Ello, probablemente, le permitiría vivir mucho más de lo ordinario..., pero yo puedo acabar con su existencia rápidamente. O con gran lentitud, como lo prefiera.

De pronto, sin previo aviso, Ardax pateó la rodilla de Whardyl.

Se oyó un grito de dolor. Whardyl se tambaleó un poco, antes de inclinarse a frotarse el lugar afectado por el golpe.

—Doctor, usted es un semihombre, pero todavía tiene cierta sensibilidad en su organismo artificial —dijo Ardax—. Y ello, debido, naturalmente, a que los miembros artificiales han de ser movidos por impulsos nerviosos nacidos en su cerebro original. ¿Se da cuenta de la cantidad de sufrimiento que podría causarle yo si se negase a hacer lo que le ordeno?

Whardyl se enderezó, con los ojos despidiendo llamas de ira. Pero se sabía impotente contra sus captores.

Resignado, se acercó a la campana de vidrio.

—Cuidado —avisó Ardax—. Si ella muere, usted sufrirá de una manera que no puede imaginarse siquiera.

Whardyl se dispuso a despertar a Vriola. Pero en aquel momento sonó una voz en la entrada de la habitación.

—Creo que sería conveniente que tirase la pistola, coronel.

* * *

Ardax volvió la cabeza ligeramente.

—Ah, eres tú, Dhala —exclamó, sonriendo.

La amazona hizo un gesto con la mano.

—Vamos, suelte la pistola —insistió.

—Dhala, tú solías traerme la comida. Te invité a comer una vez. No aceptaste, porque no es ese tu alimento habitual.

—Bien, ¿y qué? Eso no tiene nada que ver...

—Ciertamente tiene mucho que ver, porque eres una hubot, como el doctor, como todas las Amazonas de Smahán. ¿Me equivoco?

—Es lo mejor. Así no estamos sujetas a enfermedades y...

—Y tenéis la garantía de una muy larga existencia.

—Exacto, una larga existencia. Pero nada más.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Dhala, desconcertada.

—¿Por qué no hablas con Whardyl? Quizá él te lo pueda explicar

mejor que yo —sugirió Ardax.

—No hay nada que explicar —dijo Whardyl hoscamente.

—Me gustaría saber qué estás tramando, coronel —murmuró Dhala.

—Es Whardyl el que tiene que dar muchas explicaciones. Acerca de esta hermosa prisionera dormida, por supuesto.

—Será una de nuestras amazonas...

—Dhala, ¿quién te ha contado semejante fábula?

—Para eso está aquí, ¿no?

Ardax continuaba sonriendo. Dhala se sentía terriblemente intrigada por la tranquilidad de que hacía gala el joven.

—Coronel, ¿qué has hecho para convencer a Thasia de que se ponga a tu lado? —preguntó de repente.

Calmosamente, Selene se quitó una finísima piel que cubría su rostro y dejó sus verdaderas facciones al descubierto.

—No soy Thasia —dijo. Ya no tenía sentido ocultar la verdad—. Thasia está en Hathagor, bien

—Y tú te has infiltrado entre nosotras

—Dhala, estábamos hablando de Vriola —le recordó Ardax.

—Sí. ¿Qué pasa con esa mujer? Pronto será una más entre nosotras.

—Tiene un cuerpo prácticamente igual al de tu capitana. En esta ocasión, no será el cuerpo humano lo que desaparezca, sino su cabeza. Ese cuerpo tan bello es para Isona.

Dhala lanzó un rugido al comprender la verdad.

—¿Es eso cierto? —gritó.

Whardyl apretó los labios.

—Ese hombre miente...

—¡No, no miente! —gritó Dhala descompuestamente—. Está diciendo la verdad; Isona siempre nos persuadió de que ésta era la mejor vida para nosotras, pero ella quiere ser de nuevo una mujer... ¡Y no lo conseguirá!

La pistola de Dhala llameó súbitamente. Whardyl empezó a gritar cuando la primera descarga de energía incendió sus mecanismos.

Sonaron varias pequeñas explosiones en el interior del cuerpo de Whardyl, del que empezaron a brotar vivísimos chispazos, junto con algunas nubes de humo oscuro y nauseabundo.

Pero todavía se mantenía en pie. De pronto, Dhala disparó a la cabeza.

Un cuerpo mecánico rodó por tierra, desprovisto de la cabeza que lo

regía. Luego Dhala, enloquecida, echó a correr.

Ardax se precipitó en su seguimiento. Antes de salir, sin embargo, tuvo tiempo de dar una orden:

—¡Selene, despierta a Vriola!

CAPÍTULO XV

Ya amanecía. Ardax pudo ver la silueta de Dhala que corría desesperadamente hacia el alojamiento de Issona. Gritó un par de veces, pero Dhala no parecía oír nada.

—Ha enloquecido —murmuró.

Sonaron algunos gritos. Varias Amazonas salieron de sus alojamientos.

—¡Dhala! —llamó Ardax una vez más.

Pero la Amazona no le escuchaba. Ardax vio que alcanzaba la puerta del *bungalow* de Issona y que se disponía a abrirla.

La puerta estaba cerrada. Dhala retrocedió un paso y quemó la cerradura con un disparo de energía.

Luego pateó la puerta. Casi en el mismo instante, Issona apareció al otro lado.

Dhala disparó, pero lo hizo una fracción de segundo después que su capitana. La cabeza de Dhala se convirtió en humo.

Issona lanzó un agudísimo chillido, a la vez que se desplomaba al suelo.

—¡Whardyl! ¡Pronto, antes de que sea demasiado tarde! —chilló, al sentir sus mecanismos parcialmente abrasados por una descarga que la había alcanzado en el costado derecho.

Ardax entró en la casa. Salían nubecillas de humo del costado de Issona.

Ella le miró implorante.

—Llama a Whardyl, pronto...

—Whardyl ha muerto. Lo mató Dhala.

Una infinita desesperación apareció en los ojos de Issona.

—Entonces, ya no podré...

—No, no volverás a ser una mujer de una forma plena y total. Tú elegiste tu actual estado.

—Te equivocas —dijo Issona con voz débil—. Lo elegí si quería seguir viviendo. Una terrible explosión destruyó casi todo mi cuerpo, menos algunas vísceras vitales. Whardyl me garantizó que podría seguir viviendo si quería someterme a cierta operación... Acepté, no podía hacer otra cosa...

—Y a él, ¿quién lo transformó?

—Durante años, estuvo entrenando a un equipo de robots. Quería ser más que un hombre, más que un robot...

—Y no quería estar sujeto a las debilidades humanas ni a las limitaciones robóticas.

—Sí.

—Pero ¿por qué capturabais prisioneros?

—Es... muy complejo... Aquella explosión fue obra de un hombre al que yo había desdenado... Me odiaba. A partir de entonces, empecé a odiar a los hombres. Todas mis Amazonas eran mujeres que tenían una cuenta pendiente que saldar con algún hombre...

—El odio destruye, no construye, Issona.

—Es tarde ya... Coronel, yo quería vivir para ti... —Issona hizo un esfuerzo para sonreír—. No soy fea del todo y el cuerpo de Vriola... Tú me entiendes, ¿verdad?

—Sí —contestó Ardax.

—Incluso... Estoy segura de que supiste desde el primer momento que era un hubot, a pesar de que yo quería ocultárselo...

—Nunca te vi comer. Sólo te mojabas los labios con el vino. El corazón no latía cuando me abrazabas.

—Hubiera latido... dentro de pocos meses... por ti...

—Lo siento, Issona. Incluso aunque hubieras vuelto a ser una mujer, no habrías conseguido nada.

—Pero estás libre...

—Selene tomó el aspecto de Thasia.

Una chispa de sorpresa brilló en los ojos de Issona.

—Muy listos... los dos... Debí haber pensado en ello, pero, no es sólo el corazón lo que palpita por un hombre. También el cerebro... y yo me había enamorado de ti... Quizá eso me cegó...

Issona tosió. De pronto, dijo:

—Esto se acaba, coronel. Lástima de tu guitarra, para oír tus baladas

por última vez... Ve a mi habitación; hay una mesita con una figura de adorno... Hazla girar dos veces a la derecha. Yo...

De repente, el humo empezó a salir por la boca de Issona. En su cuerpo estallaron unos cuantos chispazos. Los ojos de la capitana de amazonas voltearon un instante y luego se quedaron fijos en el techo.

Ardax se puso en pie. Entró en el dormitorio.

La figura era una reproducción de la propia Issona, con su atavío de combate. Ardax la hizo girar dos veces a la derecha.

Inmediatamente, sonaron una serie de atronadores estampidos. Ardax, asustado, corrió al exterior.

Había nubes de humo por todas partes, Y también resto de los cuerpos de las amazonas dispersos por todas partes.

En el laboratorio de Whardyl se veían brotar grandes llamaradas. Dos figuras humanas salieron tambaleándose.

Ardax corrió hacia ellas.

—¿Estáis bien? —preguntó ansioso.

Selene sonrió.

—Vriola se siente todavía un poco torpe —contestó—. ¿Qué ha pasado, cariño?

—Ya no hay amazonas piratas —contestó él sobriamente.

* * *

Vriola se despidió de la pareja en Hathagor.

—Me vuelvo a Fulkur X —anunció.

Selene la miró con simpatía.

—Trata de olvidar lo ocurrido —aconsejó—. Hiciste cuanto, estuvo en tu mano para rescatar a tu esposo. No tienes nada de qué reprocharte.

Vriola suspiró. Evitaba mirar a Ardax.

Aquel hombre la había hecho empezar a olvidar, pero sabía que era tan inalcanzable como el más remoto planeta de los confines del Universo.

—Eres joven. No te faltarán pretendientes —añadió Selene.

Vriola hizo un esfuerzo para sonreír.

—Si algún día vais a Fulkur X, me gustará teneros como huéspedes —dijo.

Giró sobre sus talones y se marchó. Ardax y Selene empezaron a

caminar en busca de su astronave.

—Es curioso —dijo—. Todos los hubots han sido destruidos al mismo tiempo.

—Tal vez ha sido lo mejor —opinó Selene—. Permitir que una persona viviera con un cuerpo mecánico era una crueldad indescriptible.

Llegaron a la nave. Iako salió a su encuentro.

—¿Dónde está Thasia? —preguntó Ardax.

—Escapó. No podía impedirselo —contestó el robot.

Ardax asintió, imaginándose a Thasia explotando en algún lugar de su enloquecida carrera.

—Era un hubot, casi un ser humano, pero más que un robot —añadió Iako.

—Es cierto —convino Ardax—. Pero, dime, Iako, ¿dónde está ese dos por ciento que, según tú, debíamos encontrar para inclinar la balanza a nuestro favor?

—Algún día me comprarás un circuito de la sonrisa —contestó el impasible robot—. Tu esposa encontró el uno por ciento cuando, por propia iniciativa, decidió convertirse en Thasia. No sólo sondeó su mente, para evitar errores perniciosos, sino que se fabricó una máscara con su cara.

—Entiendo. ¿Y el otro uno por ciento?

—Lo encontraste tú, supongo.

Selene se volvió hacia su esposo.

—Alan, ¿cuál es ese uno por ciento? —preguntó.

Ardax reflexionó un instante.

Luego dijo:

—Ya lo tengo. Descubrí que Issona quería volver a ser una mujer completa y se lo dije a Dhala. Eso volcó totalmente la balanza.

Selene sonrió.

—Sí, estoy de acuerdo, más que cualquier otra cosa; más, incluso, que la droga antidroga que tomaste antes de acudir a la cita con Issona, temiendo ser narcotizado.

—Exactamente. Y ahora, ¿por qué no emprendemos el viaje de vuelta a Sólitus? El invierno se nos echará pronto encima y tenemos la casa a medio acabar.

Subieron a la nave. Iako se sentó ante los mandos.

El aparato despegó a los pocos instantes. Ardax dijo:

—Iako, ¿qué hubiéramos hecho sin tu ayuda?

—Lo ignoro, señor, pero una cosa es segura.

—¿Sí, Iako?

—Aunque uno sea un robot, también tiene derecho a pronunciar una frase absolutamente humana.

Selene sonrió.

—¿Cuál es esa frase, Iako?

—Volvemos a casa, señora.

Ardax y Selene rieron alegremente.

—También el hogar de unos humanos puede acoger a un robot fiel y desinteresado —dijo él.

—Sí, pero aunque los robots no pueden tomar decisiones, sí pueden dar consejos a los humanos. En realidad, para eso hemos sido contruidos.

—¡Hum! Iako, diríase que quieres darnos un consejo —exclamó Selene.

—Sí, señora.

—Y bien, ¿cuál es el consejo? —preguntó Ardax.

—¡No se metan más en aventuras!

FIN

NOTAS

[*] Véase el número 211 de esta misma colección y autor, titulado *Un hombre y su robot*. (N. del E.)